

6-17^a

2
2281

7 MAR. 1936

6



HISPANIDAD

15 ENERO



Reservado

para los

Previsores del Porvenir



Avenida Conde Peñalver, núm. 20

Teléfono 14672

MADRID

LEA USTED

HISPANIDAD

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias, Artes, Literatura, Política, Historia y Economía



La Revista de exaltación de España



La que evoca sus recuerdos, sus triunfos,

✦ ✦ ✦ sus glorias ✦ ✦ ✦



Los mejores escritores escriben para

HISPANIDAD



Las mejores fotografías las encontrará en

HISPANIDAD



¡PROPAGUELA!, ¡SUSCRIBASE!, ¡ANUNCIESE!

SUMARIO

MONTALVO: España.—JUAN VÁZQUEZ DE MELLA: ¿A dónde vamos?—FEDERICO DE IRANZO: Cualidades del alma española.—FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA: El caballero de la mano en el pecho.—PÉREZ OLAGUER: Figuras de la raza: La Reina Loca.—CARLOS PEREIRA: El taparrabo en automóvil.—Bromas y veras.—Contra la revolución y sus cómplices.—RAFAEL BURGOS: España en Trento.—FERNANDO DIEZ DE MEDINA: Una estrella flamenca en cielos del Sur.—E. J. SÁNCHEZ CANTÓN: La riqueza del Museo del Prado.

“HISPANIDAD”

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias,
Artes, Literatura, Política, Historia y Economía

Si todavía no se ha suscripto, envíe sin pérdida
de tiempo el siguiente cupón a la administración:
Calle de Recoletos, 5. - MADRID

BOLETIN DE ADHESION

D. _____
domiciliado en _____ calle de _____
desea suscribirse a «HISPANIDAD» por _____ a cuyo efecto
envía por _____ (tiempo) _____
(forma de pago) la cantidad de pesetas ⁽¹⁾ _____
(Firma)

(1) Un año, 10 ptas.; semestre, 6 ptas.

«HISPANIDAD» publica al año 20 números ordinarios y 4 extraordinarios.



REVISTA QUINCENAL
HISPANO-AMERICANA

DE
CIENCIAS,
ARTES,
LITERATURA,
POLITICA,
HISTORIA
Y ECONOMIA

CALLE DE RECOLETOS, 5. — MADRID

AÑO II - NÚMERO 6 - 15 DE ENERO DE 1936

ESPAÑA

«Lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tío lo tenemos, a tío te lo debemos. El pensar grande, el sentir animoso, el obrar a lo justo, en nosotros son de España, gotas purpurinas son de España. Yo, que adoro a Jesucristo; yo, que hablo la lengua de Castilla; yo, que abrigo las afecciones de mi padre y sigo sus costumbres, ¿cómo he de aborrecerla?»

MONTALVO

¿A DÓNDE VAMOS?

Tiempos sombríos van a llegar, y no son los profetas de mi partido los que lo anuncian. No son los profetas de mi partido y de mi escuela; que no es un vidente como Donoso; no es un vidente, como De Maistre, el que anuncia la catástrofe; es un poeta escéptico, un poeta que llevaba todas las iras semitas infiltradas en su alma, y que las derramó en sus versos maravillosos, de forma helénica, que muchas veces disparó contra la Iglesia; de quien Luis Veuillot dijo que era un ruiseñor que había anidado en la peluca de Voltaire; Enrique Heine, que en una página candente, maravillosa, hablando precisamente de los discípulos de Kant, de los partidarios de la Razón pura, decía: «Vienen tiempos rojos y ateos; el que haya de escribir el nuevo Apocalipsis, tendrá que buscar nuevos animales simbólicos, porque ya no sirven los antiguos para representar las misiones que se preparan. Reíos hoy del poeta; pero creed que lo que se ha cumplido en el orden de las ideas, se realizará fatalmente en el orden de los hechos; porque las ideas preceden a la acción, como el relámpago al trueno. Cuando oigáis un estampido como no se haya oído otro en la Historia; cuando veáis que las águilas caen muertas desde las alturas de los aires y que los leones en los desiertos bajan la cola y se refugian en sus antros, sabed que ha llegado una revolución, ante la cual sería un idilio la revolución francesa.» Añadía después: «Si véis a muchos hombrecillos que disputan, no temáis; esos no son más que unos gozquecillos que ladran y cambian algunas dentelladas; después vendrán los terribles gladiadores que combatirán a la muerte».

¿En qué período estamos? En vísperas de

esa batalla. Voy a ponerlos en presencia de dos grandes hechos, que nunca con igual relieve se habrán visto en la Historia. Por un lado los partidos políticos que avanzan uniformemente contra la Iglesia para recortar algunas orlas de su manto, para cercenar alguno de sus derechos, para ultrajarla; y por otro lado, los partidos revolucionarios, que han sacado ya las consecuencias y que forman la ola anarquista, más alta, más extensa, más negra todavía, que avanza y empuja a la ola socialista. Y ¿quién avanza más, los partidos doctrinarios o eclécticos contra la Iglesia, o los partidos revolucionarios, socialistas y anarquistas, contra los partidos políticos y contra todos los restos de la antigua sociedad? Sois como una academia bizantina de legisladores, que disputáis sobre quién llegará antes y con más encono a destruir el edificio de la Iglesia. Uno dice: yo me contento con derribar las cornisas; otro dice: yo quisiera derribar las columnas, los capiteles y las puertas; los de más allá exclaman: ¡arranquemos el Crucifijo!...; y mientras estáis disputando así acerca del grado de opresión a que someteréis a la Iglesia, acerca del grado de tiranía que impondréis al pueblo creyente, hay una ola que avanza, que va socavando nuestro edificio y minando la roca que le sirve de cimiento, y antes de que lleguéis a la hora suprema, antes de que consuméis vuestra obra, antes de que os acerquéis al altar, saltará el edificio hecho pedazos, aplastando a los sofistas y leguleyos, que en esta hora suprema de anarquía social quieren contener las iras del proletariado, arrojándole como vil piltrafa los derechos y prerrogativas de la Iglesia.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

Meditaciones **Cualidad del alma española**

La piedra es símbolo de constancia. Y heráldicamente el estoicismo por piedras berroqueñas debiera ser representado. Estoicismo es cualidad sobresaliente del alma española, pero no aquel de persuasión aristocrática que dominaba en tiempos del romano imperio. Nuestro estoicismo es senequismo, y Séneca más de una vez meditó sobre la brevedad de la vida y lo voluble de la fortuna. Y meditar sobre ello—así se proclama la igualdad como hijos de Dios—no es negación, sino afirmación de un medio para un alto fin espiritual. Y el espíritu es Dios. Y siendo la vida corta y la fortuna voluble, hay que aprovecharlas para lograr aquel fin que fué preocupación constante de nuestro siglo de oro.

Todos los que se han asomado al espíritu de nuestro pueblo, al incidir en él, han recibido como una reflexión; y en sus obras ha quedado plasmada si capaces han sido de llevar al ser las bellas emociones. Reflexión constituida por una cualidad fundamental de la raza: el desprecio a la muerte como fenómeno natural, y a la vida cuando su único fin es vivirla.

Nuestros poetas—más que nadie—han fijado en sus estrofas este rasgo, que es a modo de creencia en la insustancialidad de la vida humana y de sus triunfos. Recordad a Jorge Manrique allá en los albores del 1450, en sus famosas coplas a la muerte de su padre el maestre de Santiago Rodrigo Manrique. Coplas mitad elegía, mitad himno de triunfo, que no se ciñen al dolor filial, y en la que una imaginación de altos vuelos se eleva a lo universal, y sobre el dolor universal medita, y para sedar su entristecido ánimo, exclama como si Séneca hiciese poesías en la medioeval edad:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
.....

Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando
.....

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
.....

Nuestro inmortal Calderón de la Barca, en su «Vida es sueño», no está haciendo teorías ni definiendo la esencia de la vida—como muy bien apunta Ramiro de Maeztu, en su maravillosa «Defensa de la Hispanidad»—sino condoliéndose de que la vida no sea más fuerte y perenne, lo mismo

que una roca, para poder aprovecharla mejor en favor de un alto ideal.

Espronceda, en su época de vinagre y romanticismo, también presenta la gloria de la vida como un fenómeno de óptica. Y hasta González Ruano, en su antología poética «Aun», cree como buen español—español que pule su lenguaje neológico en rico ambiente castellano—en lo efímero de la vida por sí.

Hijo nuestro bronce en cera
Hijo nuestro fin de raza
Quinientos años ahora
Se miran en tu mirada.

No es acaso este romance del «solar perdido» una lamentación elegante, flotando entre nostalgias de un tiempo pasado mejor.

Pero no es exclusiva de nuestros poetas esta forma de ver y sentir la vida. Nuestro pueblo, el legítimo, el no extranjerizado, el que cree y espera del sentido español, también se expresa así. Yo he recibido, en ocasión ya lejana, un recordatorio en que una familia de Navarra—pedazo de España que el poeta llamó Crucifijo español—conmemoraba la muerte de un hijo. Venid, espíritus superficiales; venid, miedosos del dolor, y mirad cómo termina aquella estampa de la muerte: «Sus padres, que bendicen a Dios, que se han dignado llevar a su lado al hijo querido». Y ahora comentad. Yo ya he bebido en esa fuente cristalina de conformidad alegre.

Pero si aún no basta lo dicho para que resplandezca esa cualidad de que hablo, aquí tenéis otro recuerdo más joven y más tierno. Fué allá en Valencia, entre naranjos y bajo un cielo inmenso; cielo y naranjales son colores complementarios para una visión cegadora; allí, en la alquería blanca de cal y rica de trepadoras plantas, ha muerto un niño, un «albaet»; mirad, señores huidores de la muerte, los amigos de la casa, aquellos huertanos de tez tostada, aprisionan entre sus manos inmensas encallecidas, la trabajada mano de la madre del niño muerto, y con voz casi de contento, exclaman en vernácula lengua: «Enhorabuena por el ángel». Qué hermosa muestra de una alegría de conformidad. Qué hermosa filosofía cristiana, en menos palabras. Ellos dicen con hechos lo que el poeta que llamaba a la vida «Breve, bien fácil viento, leve espuma». Y allí los tenéis en cónclave de humildad; cada mañana luchando con la vida; cada mañana arañando la tierra bajo una naturaleza indiferente a sus afanes: cada mañana—una más y otra menos—caminando a la muerte: cada mañana caminando a su Dios...

FEDERICO DE IRANZO

El caballero de la mano al pecho



En el fondo oscuro del lienzo se destaca su rostro alargado, en el que quedó eternizado un gesto de cansancio y de hastío. Como dos inmóviles llamas contemplan sus ojos el lento desfilarse de las horas. Y permanecen serenos, tranquilos, seguros de que nada puede asombrarlos ya. Conocen el secreto de todas las ciencias; el espectáculo del mundo es ya para ellos un juego absurdo e ingenuo, que sólo merece su indiferencia y su desdén. Y por eso la llama inmóvil de estas pupilas indiferentes busca en lo alto, más allá de las vacilantes estrellas, el eterno secreto, la mano invisible que derramó sobre la misera ceniza humana un tesoro de divinidad.

Nada sabemos de la vida de este caballero toledano, cuyo pálido rostro, por maravilloso sortilegio del arte, puede darnos, en esta hora, una fuerte lección de idealismo y una visión de eternidad. Cuando nuestro espíritu, vacilante por el peso de la realidad, que le abru-

ma y le ahoga, siente que una noche eterna le envuelve, nos enfrentamos con el lienzo donde este caballero del Greco vive perennemente, y sentimos que una luz diáfana llega a lo más recóndito de nuestra conciencia, y ante nosotros se abren horizontes insospechados.

Nada sabemos de la vida de este caballero, que confió el pálido marfil de su rostro y el secreto de su pensamiento a los pinceles de Theotocópuli. Esta es la única huella que dejó impresa en el camino. Y ya es bastante.

En algún convento de Toledo, bajo una losa de gótica y desgastada inscripción, o en el fondo oscuro de una capilla, eternizado en transparente alabastro, dormirá ahora el sueño de la noche infinita. La voz de la campana llegará hasta el rincón olvidado de su sepulcro, derramando sobre él sus flores de bronce.

En la noche, vagando por las tortuosas rúas de la ciudad muerta, cuando el silencio hace el milagro de encender una llama de vida en las viejas piedras desgastadas, y una brisa de mortalidad agite las cimeras de los pétreos escudos esculpidos en los dinteles de los amplios casones, cerrados nuestros ojos a la misera realidad y solamente abiertos a la evocación y al ensueño, este caballero del Greco pasa ante nosotros. Cubierto con negras vestiduras, encerrado el cuello en amplia gola, y, como en el cuadro, perdida la mirada en más alta y luminosa región. Es una sombra, un jirón de ensueño, algo tan inmaterial e impalpable, que sólo en el cristal de nuestro espíritu se refleja.

Pasa ante nosotros el caballero de cuya vida todo lo ignora la hora actual. Cruza por los tortuosos y los sombríos pasadizos mientras el Tajo confunde su ronco lamento con la grave voz de las campanas. Nosotros le vemos, cerramos los ojos para verle, buscamos el manto negro de las tinieblas, para ver destacarse en él, como una flor nueva e ignorada, la mano exangüe que sobre su pecho descansa. Esta mano es una estrella para nosotros. Nos guía hacia ideales senderos, nos lleva hacia un remoto Oriente, donde fabulosos tesoros esperan al alma. Un tesoro de eternidad, de idealismo, que, pródiga y generosa, derrama esta mano, fina y pálida como un exvoto de marfil.

F. IGLESIAS FIGUEROA

FIGURAS DE LA RAZA

LA REINA LOCA

Es muy de mañana. Las primeras luces del alba tiñen de oro y de plata las hojas verdes de los árboles. A lo lejos, en la villa, lentas, graves, seis gruesas campanadas rompen el silencio, solemne, macizo, denso, del campo, todo recogimiento, sosiego, paz... La puerta del mesón—blanco, pulcro, acogedor, en mitad del Camino Real—se abre sin ruidos, resbalando suave sobre sus goznes. Maese Juan, con su servilleta al hombro y su delantal a rayas, sonríe contento. Maese Juan—gordo, calvo, dicharachero, como todos los posaderos de todas las edades—, está satisfecho, porque la parroquia abunda. Antes, tan temprano, sólo hidalgos madrugadores y doncellas devotas hacían, con prisa, casi con miedo, un alto en la ruta a la hacienda, al castillo, para mal beber y peor pagar un vaso de leche. Ahora es distinto. Ahora, desde que el hijo de Doña Juana—Don Carlos—va a ser proclamado Emperador de Alemania, toda Castilla está invadida de aventureros flamencos. Son gentes que comen bien, beben mejor, exige poco y paga mucho, cualidades éstas que un posadero, nunca escrupuloso en averiguar de dónde viene el dinero que recibe, ha de estimar forzosamente.

Ha transcurrido media hora larga desde que Maese Juan abrió la puerta de su mesón. Ya el sol ha triunfado definitivamente de la noche y sus rayos cálidos bañan, en una caricia, la silenciosa soledad de la tierra. Sólo unos pajaritos, menudos, delicados, revolotean y pican cantando alegres la belleza mágica de aquel amanecer...

En el mesón ha entrado con una dama un rancho, un altivo, un clásico caballero castellano. Su mirada centelleante, sus barbas grises, muy bien cuidadas, entonarían magníficas con el yermo bruñido y el brillo de una coraza. La dama a quien acompaña—su esposa—es delicadamente bella. Se adivinan sus cabellos endrinos bajo la red sutilísima de su airosa mantilla blanca. Su rostro, enérgico, de líneas claras, de contornos breves, parece arrancado de un molde clásico. Cuando la dama habla, su voz funde cristales en el aire...

Maese Juan no conoce al matrimonio recién llegado en hora tan temprana. Maese Juan sospecha, teme, que la aristocrática pareja recorra el campo de romántica conspiración. Es muy grande el descontento en España. Sobre la austera meseta castellana saltan y gesticulan las corpulentas y fofas humanidades de los flamencos. No: el fondo

violado, sobrio y escueto de la tierra de la Reina Isabel, no es adecuado para encuadrar en él escenas de bodegón.

Además... Castilla nunca fué tierra de mucho dinero. Dijérase que en el crisol del ardor místico de la raza, el oro se fundía y volatilizaba; pero ahora desde que los joviales cortesanos de Don Carlos se han adueñado de estas tierras, los viejos hidalgos van olvidándose del cuño de las recias monedas de Castilla. Porque los flamencos han traído de su país nada menos que a Mr. de Chevrés, la flor y nata de los buenos administradores, Monsieur de Chevrés es un sentimental, acuciado de ternuras paternas. Cuando el excelentísimo ministro de Hacienda flamenco oye tintinear el oro en las escarcelas de sus paisanos, sonríe beatíficamente. Por esta razón, cuando un castellano logra ver un ducado de a dos, suspira, se destoca y dice con toda reverencia: «Ducado de a dos, norabuena estedes, que no topó con vos Mr. de Chevrés».

La puerta del mesón se ha abierto bruscamente y un grupo de flamencos ha hecho en la sala una entrada triunfal. Coloradotes, enjorados y parlanchines, los extranjeros se han acomodado alrededor de una mesa. El capitán, toseco y abigotado, ha pedido de beber; y lo ha pedido a estilo de bravonel, llamando al mesonero con golpes del pomo de la espada sobre la mesa. Con vanidosa sonrisa, los flamencos admiran la gentileza de su jefe.

—A mí no me sirvas en estos vasitos de penitente—le ha dicho al mesonero estrellando un vaso contra el suelo—: es en un jarro ventruado donde yo acostumbro beber el vino de España.

—Eso es honra, mi bravo señor—ha elogiado, adulador, el mesonero.

—Y tráenos un pastel por cabeza, un pastel que pueda servirnos de sepultura. Y a propósito, guárdate de servirnos dentro las carnes del pícaro que ahorcásteis el otro día. Nos gustan las liebres en empanada, porque nos parece así que comemos carne de comuneros.

Una risotada general ha acogida la roma ingenuidad del bravo flamenco. El hidalgo castellano ha palidecido y se ha mordido los labios, ciego de cólera; pero ha logrado contenerse.

La orgía está en su apogeo. El vino y la cerveza, en mezcla diabólica, apagan todas las luces de aquellos cerebros, ya de suyo algo oscuros.

Maese Juan se encuentra en sus glorias. En ese instante en que los flamencos lo ven todo doble, doble es también la paga para Maese Juan.

De pronto, el capitán grueso y tosco, fija su mirada turbia en la bella dama de la mantilla blanca. El capitán, con gesto fanfarrón, se trenza las pomposas guías de su bigote enorme. Y levantándose, dando traspiés, llega a la mesa en que la hidalga pareja desayuna. La dama no baja, tímida, los ojos. Sino altiva, sostiene con fiereza la insegura mirada del capitán. Este, para mantenerse en equilibrio, se agarra a la mesa y derrama un jarro de agua. La dama, apartándose a tiempo, dice con voz firme y airada:

—¿Y sois vos un capitán? ¡Un capitán de España! Un mal caballero es lo que sois, que ni manejar sabe su espada...

—¿Que no sé yo manejar la espada?—ruge el flamenco—. ¿Quién se atreve a medirla conmigo?

El caballero de la barba gris se ha levantado sencillamente. Su figura alta, espigada, noble, altanera, retadora es una profecía del andante hidalgo castellano Don Alonso Quijano, el Bueno, que un día ha de abandonar su caserón manchego en busca de desforadas aventuras. El capitán flamenco quiere pendencia. Arroja su espada que, en el aire, es recogida por el caballero de la barba gris, quien la empuña con bravura, con audacia, con estilo de viejo militar español. El flamenco coge otra espada de un compañero. Y ataca sin concierto. El caballero protege a su esposa que, poco a poco, retrocede hacia la puerta. El caballero no ataca. Se defiende pausada, serenamente. El capitán se congestiona. Encuentra una resistencia que no esperaba. La dama ya ha salvado el dintel de la puerta y ha subido en el carruaje que esperaba. El caballero continúa la lucha. Maese Juan anima al flamenco. Maese Juan no se preocupa ni del honor, ni de la caballerosidad, ni aun del más elemental patriotismo. Maese Juan es amante de la materia: ve que el caballero va a vencer y se va a escapar en su flamante coche.

Y, naturalmente, con la prisa no pagará; imperdonable descuido en un hombre que se juega la vida. De la progenie de Maese Juan nacerá Sancho Panza, aquel labriego escudero del ingenioso hidalgo manchego. Maese Juan no puede contenerse:

—Heridle, señor capitán; se va sin pagar...

El caballero, ante estas palabras no vacila. Ahora no se defiende. Ahora ataca. Ataque rápido, fulminante, decisivo. La punta de su espada ha rozado por dos veces el jubón del capitán. Y a la tercera, le ha herido en un brazo, y le ha hecho soltar la espada. El caballero de la barba gris y de figura alta, enjuta y recia, dice:

—De hoy en ocho días, con licencia del señor

capitán, volveré al mesón. He de terminar con mi desayuno. Y he de pagarlo. Sobre todo pagarlo. Maese Juan, que Dios os guarde. Y a vos, señor capitán, que os lleve el diablo.

Y así diciendo, el caballero vuelve la espalda y sube al coche donde le espera su esposa. El capitán flamenco se restaña la sangre y gruñe:

—Dentro de ocho días me servirás carne asada de ese bribón...

Maese Juan no responde. Está pálido. Maese Juan tiene un vago presentimiento. Y se retira, pensativo, a su mesón.

¡Doña María de Pacheco! ¡Española de vieja raigambre, que a su belleza une la audacia! Ella alimenta el ideal de su marido, de Juan de Padilla, que al grito de «Viva el Rey y mueran los malos ministros», se alza en Toledo, y con sus tropas inicia la revolución. Cunde su ejemplo y surgen nuevos paladines del naciente ideal. En Zamora, se pone al frente de los sublevados el Obispo Acuña. En Salamanca, Pedro Maldonado. En Segovia se proclama caudillo a Juan Bravo. España entera arde ya en los horrores de una guerra civil. ¡Hermanos contra hermanos! Una vez más se repite la vieja historia del fratricida Caín.

En Tordesillas, la Reina Doña Juana está asomada a una ventana de su Palacio. Va tocada de negro. Su figura alta, su talle esbelto, su silueta interesante, hacen resaltar un conjunto sobrio, austero, armónico. El rostro de la Reina, lleno de dulzura, es pálido, y sus labios, transparentes como flores marchitas. La mirada de la Reina—mirada apacible, todo bondad—vaga perdida y sólo a veces tiene rápidos destellos, chispazos fugaces, que la hacen temblar. La Reina Doña Juana dicen que está loca. La noticia ha llegado a oídos de la propia Doña Juana. Cuando oye tales rumores, se acentúa más la marfileña palidez de su rostro, se pliega su boca con irónica sonrisa, frunce el ceño y su mirada perdida se reconcentra como si clavase en una idea soñada. Y, entonces, brillándole mucho los ojos, tiembla, tiembla...

La figura austera de la Reina, tocada de negro, alta, esbelta, frágil, se recostó en el marco de la ventana. La Reina ve cómo se apaga la tarde. Cómo el campo cambia de tono, pasando del rojo vivo del crepúsculo al violeta pálido que heralda la noche. Un labrador regresa a su hogar. El rudo campesino canta. La Reina llora...

Han sonado los clarines en el patio del Palacio. Crujir de hierros, voces de gentes, gritos de mando, petición de audiencia. Unos caballeros llegados con mucha prisa desean, piden, exigen casi, hablar a la Reina.



Pradilla. «La demencia de Doña Juana»

La Reina, que no se ha movido de la ventana, cierra los ojos, lastimados por la luz de los candelabros. Doña Juana tiene ante sí a los Comuneros. Los Comuneros no creen que la Reina está loca. Los Comuneros quieren que, mientras ella viva, ella sola gobierne. La Reina detiene su mirada vaga, indefinida, en los caballeros audaces, nerviosos. Allí está Don Juan de Padilla, pulcro, acicalado, con su ropilla de brocado bordada de oro, bajo el arnés de plata. Juan de Padilla habla con mesura, con elegancia. Es el valor tranquilo que tiene mucho de arrogante. El cálculo hecho arrojo. La nobleza en la lucha. La clemencia en la victoria. La resignación en la derrota. La serenidad en todo.

Allí está Don Juan Bravo, bravo como su apellido. Gordo, bajo, rojo, pisa recio, habla fuerte y maneja la espada con más coraje que destreza, con más fuerza que temple.

Allí está Don Pedro Maldonado, ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni fino ni rudo. Es un término medio entre la sutil elegancia y el valor sereno de Juan de Padilla y los toscos modales y los rudos desplantes de Juan Bravo.

En la audiencia, la Reina escucha, oye, atiende a todos. Pero no cede. La Reina se debate entre sus dos amores, el del hijo ausente y el de Castilla. La patria le dignifica la causa de las Comunidades, pero la voz de la sangre vela por el honor y la vida de Don Carlos.

No, ella no firmará documento alguno que pueda derrocar a su hijo del trono de España, pero tampoco se opondrá a que el reino mantenga la integridad de sus ideales, de sus tradiciones, su valor sustancial. Entonces la Reina se ha limitado a nombrar generalísimo de las Comunidades a Don Juan de Padilla. Y le ha visto partir acompañado de sus segundones, Bravo y Maldonado, al frente de todas sus tropas.

La Reina Doña Juana que dicen que está loca, más pálida que nunca, más vacilante aún su mirada lánguida, ahora sin destellos fugaces, ve fundirse a los caballeros en la negrura de la noche. Y cierra la ventana de su Palacio como pudiera hacerlo con la de su alcoba cualquier doncella. Y como una doncella llena de absurdos temores y de extrañas melancolías, Doña Juana por segunda vez aquella noche, ha sentido humedecerse sus ojos y ha llorado. Ha llorado con el desconsuelo de quien presiente y con la infinita amargura de quien ha puesto sus amores en una causa que su instinto le avisa está perdida.

En efecto. La guerra de los Comuneros es breve y su final desastroso. Al filo de la media noche, tiempo de guerra, las casas de Villalar duermen tranquilas, apagadas sus luces, amparándose en la obscuridad. Lluve. Y el viento que agita las ramas

de los árboles y las hace crujir y silbar, apaga el ruido de los cañones, rodando sobre la tierra enfangada. Fatigados de luchar contra las inclemencias del tiempo, los Comuneros se detienen. En las tierras arcillosas, el viento húmedo riza la turbulencia de los lodazales. Las nubes bajas pesan sobre el espíritu de las tropas de Padilla, quien, previsor, va por entre la soldadesca, pretendiendo comunicarles su altivez serena. Todo en vano. Se acerca el estruendo de las tropas reales que avanzan codiciosas de gloria. La lluvia arrecia. A través de su cortinaje gris, los Comuneros distinguen el brillo de las armaduras enemigas. Y en la descohesión, llega fulminante la derrota.

«Santiago y Libertad», grita Padilla. «Santa María y Carlos», gritan los reales. Jinete en su rocín, se revuelve Don Juan de Padilla, héroe entre los héroes. Lanza en ristre desmonta a Don Pedro Bazán, uno de los caudillos enemigos; pero, a su vez, Padilla es alcanzado y herido por Alonso de la Cueva, quien le hace prisionero. Y entonces, un caballero de Toro, Juan de Ulloa, comete con el glorioso vencido la más cobarde de las villanías. Viéndole herido, atado, indefenso, se aproxima a él y le cruza el rostro de una puñalada. Ahí se ve el temple del alma del Comunero de Juan de Padilla, el magnífico. Su rostro ensangrentado no se contrae colérico. Su mirada apacible destella, sólo un instante, el más profundo desprecio. Y su sonrisa benévola indica, irónica, que no le sorprende la acción criminal del de Ulloa. Los propios soldados reales le afean su villana conducta, que les deja en tan mal lugar.

¡Padilla! Cargado de cadenas, lleno de heridas, vencido, ultrajado, no pierde por eso ni su valor sereno ni su elegancia sutil. Ha pedido dos pliegos de papel, tinta y pluma. Y como si estuviera en su tienda de campaña dictando órdenes para un desfile triunfal, ha escrito una carta a la ciudad de Toledo. Carta conmovedora. Y luego, cumplido con la Patria, escribe a su esposa. Su esposa estará contenta y orgullosa de saber que como pudo vencer supo morir. Que Don Juan de Padilla es digno, muy digno, de Doña María de Pacheco. Tal para cual. Dios juntó en ellos el espíritu de la raza, la fe en sus convicciones, el heroísmo personal, para modelo, estímulo, ejemplo de cuantos les siguieron. Y con pulso firme, con tranquilo ánimo, Don Juan de Padilla lega a la posteridad esta carta admirable:

«Señora: si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera eternamente por bienaventurado. Que siendo a todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que le da tal, aunque sea de muchos planida, y de él recibida en algún servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo

para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni a mí me lo dan ni yo querría más dilación en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra dicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiso. A Pedro López mi señor no escribo, por que no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista o de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo más que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Esta carta admirable, en verdad, es auténtica. como rigurosamente históricos son los hechos, dichos y palabras que se refieren.

Ha llegado la hora del suplicio. En tres mulas, enjaezadas de luto, cabalgan hacia la muerte los tres caballeros. Porque con Padilla, y no sin oponer larga resistencia, han caído también prisioneros y han sido también condenados a la última pena, Bravo y Maldonado. Y los tres se dirigen a ser degollados por orden del Rey.

Padilla, pálido, enhiesto, resignado, es un místico y un mártir. Juan Bravo, revuelto, encendido el rostro, dijérase que antes de morir ha de matar. Maldonado, eterno término medio entre Bravo y Padilla, no está encendido ni pálido, ni tranquilo ni furioso, ni quiere ser mártir, ni desea ser víctima.

El pregonero, al frente de la lúgubre comitiva, proclama la sentencia: «Esta es la Justicia que manda hacer S. M. y los gobernadores en su nombre a estos caballeros. Mándalos degollar por traidores...»

Juan Bravo no puede resistir más. La sangre le estalla en su rostro. Se manosea la barba. Ins-

tintivamente se lleva la mano a la cintura en busca de la espada. No la encuentra, pero sin ella, salta de la mula y enfrentándose con el pregonero, de un puñetazo le hace saltar su proclama, mientras ruge:

—«Mientes tú, y aun quien te lo mandó decir: traidores no; más celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.»

Padilla cada vez más pálido, cada vez más sereno, habla pausada, quedamente, con voz de matices metálicos, de resortes insospechados:

—«Señor Juan Bravo—dice con ternura—ayer fué día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos.»

Juan Bravo se muerde los labios. Y obedece.

Ya están en el patíbulo con todos sus horrores. Juan Bravo tiene aún un arranque, un gesto muy suyo, muy propio, digno de su apellido, de su abolengo, de su carácter. Diríjese al verdugo, y con ademán fiero, le escupe al rostro estas palabras:

—«Degüélleme a mí primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.»

Y al decir señaló a D. Juan de Padilla.

Ha caído la cuchilla y la cabeza de D. Juan Bravo ha rodado por el suelo, rebotando como una pelota. Padilla no ha pestañeado siquiera. Ha mirado al cielo y ha silabeado dulcemente:

—Ahí estáis vos, buen caballero.

Ya junto al tajo, Padilla se ha quitado unas reliquias que llevaba al cuello y las ha entregado al primogénito del Marqués de Denia. Aquellas reliquias deberán ir a parar a las pulidas y fuertes manos de D.^a María de Pacheco.

Luego, se ha desabrochado el jubón y ha ofrecido su cuello desnudo al ejecutor de la ley. Al tiempo de murmurar con devoción *Domine non secundum peccata nostra facias nobis*—no nos juzgues, Señor, conforme a nuestros pecados—su cabeza, segada de plano, ha ido a chocar con la de Juan Bravo. Inmediatamente después el verdugo ha dado muerte a Maldonado; y las tres cabe-

“LA PANCHITA,,

MANTEQUERIA :: FIAMBRES :: ULTRAMARINOS

DAMASO MENGOD

SERRANO, 98 : : : TELEFONO 50801 : : : MADRID

zas, clavadas en escarpías, son expuestas al público.

En aquellos momentos, como en tantos otros, la Reina D.^a Juana, desde su ventana favorita del Palacio de Tordesillas, ve morir el día. Espera con ansia que el rojo vivo del crepúsculo se convierta en el pálido violeta precursor de la noche. Ella gusta de ver reducirse a sombras los altivos resplandores del día.

La Reina, alta, esbelta, frágil, está más pálida que nunca y su mirada vaga se pierde como siempre en el punto centro de su idea soñada... Doña Juana no ve llegar la noche. La Reina tiembla, la Reina teme. Toda la llanura castellana se enciende de rojo y nunca llega la mancha violeta. ¡Rojo! Nubes rojas, tierras rojas, ríos rojos, como de sangre... La Reina D.^a Juana se estremece. El Palacio se incendia. En la habitación, los candelabros de sus servidores despiden llamas rojas... Y un capitán, rojo de sangre, da la noticia funesta:

Padilla, Bravo, Maldonado, han sido degollados en Villalar.

La Reina escucha la noticia. Da un grito, agudo, taladrante, lleno de terror, de angustia, de odio. Grito de madre al ver morir, asesinado, a su hijo. Se incendia todo el Palacio, Castilla, España entera, el mundo mismo. La Reina D.^a Juana no llora, ruge, cruza la habitación a pasos desacompañados, se estira de los cabellos, y con la ropas en desorden, flagela su propio cuerpo dándose golpes contra las paredes... Los fieles servidores, el capitán teñido en sangre, retroceden:

—¡La Reina está loca! ¡La Reina está loca!

D.^a Juana ha oído estas palabras, que son en ella como la clave de una consigna. En un instante el fuego desaparece. Allá en el campo, el rojo del crepúsculo se retruoca en el pálido violeta que heraldaba la noche. La Reina D.^a Juana se ha asomado a la ventana favorita de su Palacio. En ella se recorta su figura austera, interesante, frágil, esbelta... Ahora la Reina llora ante el retorno de la noche, que ha de ser para Padilla, Bravo, Maldonado, la noche eterna...

Como todos los días, al despuntar el alba, abre Maese Juan la puerta de su mesón. Ha llovido mucho, pero ahora el tiempo es de bonanza. Sobre las hojas de los árboles, tiemblan, resbalan transparentes gotas de agua tocadas por los rayos pálidos del sol mañanero. La tierra húmeda despidе aromas fragantes. A lo lejos, la inmensa, inacabable llanura refleja, como un espejo, la faja multicolor del arco iris. El silencio majestuoso aparece hoy misteriosamente revestido de tristeza. No cantan los pajarillos, antes siempre alegres, la victoria

vibrante de la vida, de la luz, del color. Ellos, mudos testigos acaso de la tragedia de Villalar, diríase que lloran, como las hojas de los árboles, como los tejados de las casas, como las veredas de los montes... ¡Melancólico amanecer después de una noche larga, muy larga, de lluvia, de llanto!

Maese Juan, a la puerta de su mesón, está cabizbajo, pensativo, destemplado. Acaba de entrar en la posada el grueso y tosco capitán flamenco. Le acompañan los aventureros de siempre, deseosos de beber, aunque para ello sea necesario adular. El capitán flamenco ha saludado a Maese Juan, pidiéndole tres jarros de viejo vino español. De mala gana le ha servido el posadero. Y no ha reído las gracias del capitán, que afirma, lleno de rencoroso orgullo, que ha de matar al caballero de la barba gris, que ocho días antes le hiriera y desarmara en aquel mismo lugar. Maese Juan no lo olvida. Y sabe que un noble caballero castellano sale de su sepulcro, si es necesario, para cumplir su palabra. Y esto le aterra. Porque él presente, él teme conocer al caballero de la barba gris y a su esposa, la airosa dama de la mantilla blanca.

El capitán flamenco y sus paisanos están ebrios. Los tres jarros de vino viejo español aparecen vacíos.

De pronto Maese Juan ha palidecido violentamente. A la puerta del mesón se ha detenido un coche. Y de él ha descendido una dama, tocada de luto. Maese Juan la reconoce en seguida. Es la dama de la mantilla blanca, que luce ahora un velo negro. Llega altiva, serena, enojada, como quien viene, de muy lejos, a cumplir un desagradable deber y tiene prisa por acabar.

La dama se llega al centro del comedor, entre los flamencos ebrios. Su figura se agiganta. Su voz fuerte, segura, resuena, retadora, en el mesón:

—Posadero, tened lo que se os debe. Jamás dejó D. Juan de Padilla una cuenta sin saldar...

La dama ha arrojado al rostro de Maese Juan una bolsa de dineros. Las monedas han rodado por el suelo desperdigadas, sin que Maese Juan, por primera vez en su vida, se apresurara a recogerlas. El pobre hombre está lívido, emocionado, pesaroso. Comprende ahora. Sabe ya quién era la dama de la mantilla blanca, quién era el caballero de la barba gris. Y admira la entereza de aquella mujer altiva, de rancia solera castellana.

—Perdón, D.^a María, perdón...

D.^a María de Pacheco se mantiene erguida, altanera, desafiando a todos y a todo con su mirada aguda, taladrante...

El capitán flamenco, embrutecido por el alcohol, quiere ver y recordar:

—Sois vos, voto ya...—silabeaba torpemente—sí... sois vos... Maese Juan, prepara el fuego... Quiero... quiero comer carne... carne asada de

ese bribón... Yo ya, ya yo... me figuraba vendría...; sois hombre cabal...

Los flamencos retroceden. Al lado de D.^a María de Pacheco surge la figura austera de D. Juan de Padilla, el noble caballero de la barba gris. Aparece su silueta difuminada, como hecha de sombras. Lleva el cuello desnudo y sobre la piel se ajusta y cierra una cadena delgada, roja, como un hilo de sangre.

El posadero abre unos ojos tamaños. Quiere sondear con su mirada turbia la atmósfera viciada por los vapores del vino. Maese Juan, alucinado, ve palpablemente, junto a la dama, al caballero.

—¡Cristo! ¡D. Juan de Padilla! ¡El ajusticiado de Villalar! Perdón, señor, perdón. Yo no quería para mí los dineros. Son para vos. Todo lo mío para vos. Nada debéis pagar en mi mesón, mi buen amo y señor, perdón...

D.^a María de Pacheco contempla con desprecio al capitán borracho de vino, al posadero ebrio de miedo. Y se dirige, con calma, con altivez, a la puerta. En aquel instante, el flamenco, desnuda la espada, ataca a la sombra... Vacila... Su corpulencia fofa se viene al suelo con estrépito. Ha habido

un crujido siniestro. Al caer el capitán, su espada, torpemente regida, se le clava en el pecho.

Maese Juan pone el grito en el cielo, y dando alaridos de espanto clama a campo traviesa:

—D. Juan de Padilla, el ajusticiado de Villalar, ha matado al capitán.

D.^a María de Pacheco ha subido al coche. Sus manos finas, delicadas, que pasan ahora las cuentas de un rosario, sabrán después, firmes, recias, empuñar una espada.

Mientras tanto, el sol ya en su apogeo, baña la posada blanca, pulcra, acogedora, en mitad del Camino Real. Sobre las hojas verdes de los árboles, resbalan las gotas últimas de la lluvia. Ya cantan los pájaros. La vida sigue su curso, su ritmo acompañado, siempre igual. Los grandes dramas son apenas en la historia pequeñas viñetas sentimentales. Las figuras nobles, austeras, sublimes, de la Reina D.^a Juana, del Comunero Padilla, de Doña María de Pacheco, han servido, a fin de cuentas, únicamente como tema de inspiración de unos cuantos pintores, de unos pocos poetas. La vida es así.

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

Clínica del Dr. Luque

SANATORIO EXCLUSIVAMENTE PARA SEÑORAS

ATENDIDO POR RELIGIOSAS DE SAN VICENTE DE PAÚL



INTERNADO PARA OPERADAS Y DE MATERNIDAD



AVENIDA DE PABLO IGLESIAS, 58

(ANTES REINA VICTORIA)

(JUNTO AL STÁDIUM METROPOLITANO)

TELÉFONOS: 42290 - 42299

El taparrabo en automóvil

La Revista «Criterio», de Buenos Aires, publica el siguiente artículo, que insertamos gustosos, de nuestro colaborador D. Carlos Pereyra.

La *Associated Press* dice que sesenta mil personas se reunieron en Totihuacán (Teotihuacán) para presenciar las fiestas de Adoración al Sol. La Constitución de Méjico prohíbe los actos de culto externo. Y el Gobierno de Méjico impide hasta los de culto íntimo, como lo demuestra la *Ley de bienes nacionalizados*. Cuando el 11 de enero de 1923 se colocó la primera piedra del monumento al Sagrado Corazón de Jesús, en el cerro del Cubilete, que es terreno de propiedad privada, la propagandista española Belén Zárraga, pidió que fuese expulsado del país el delegado apostólico Monseñor Filippi, por haber violado la Constitución, con aquel acto. Obregón, accediendo a la demanda que le hacía Belén Zárraga, directora de la *Asociación anticlerical mejicana*, dictó la orden, y Monseñor Filippi salió de Méjico, por considerársele extranjero pernicioso. El gobierno de Obregón interpretaba la ley de este modo: «Culto público es lo mismo que ceremonia al aire libre» (textual). Ahora la repugnante pantomima de la Adoración al Sol se hace sobre la meseta superior de la Pirámide de Teotihuacán, y se hace por lo mismo «al aire libre». Pero puede alegarse el texto constitucional: «Todo acto religioso del culto deberá celebrarse precisamente dentro de los templos». La Pirámide es un templo. Y Belén Zárraga no se opone.

En la ceremonia del 11 de enero de 1923 había capas pluviales, estolas, cálices, copones, incensarios, cirios... ¿Podía tolerar esto Belén Zárraga? En la Adoración al Sol hubo dos mil oficiantes, «con los mismos atavíos que llevaban sus antecesores», dice la *Associated Press*. ¿Serían «las vestiduras largas de mantas prietas, y las capillas largas asimismo, como los dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho, que no se puede desaparecer ni desenretrar, y todos los más sacrificadas las orejas, en los mismos cabellos mucha sangre»? Estos cabellos apelmazados son un rasgo que no puede omitirse. Rasgo inexcusable también es el de «las paredes bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hiede muy malamente». (Bernal Díaz del Castillo).

El telegrama añade que la adoración es la del Quinto Sol. Se entiende el actual, rodeado de los cuatro Soles cosmogónicos, de los cuatro movimientos anuales, de los cuatro rumbos, de los veinte cuadros de los días; de los glifos que dan las numerosas combinaciones de la cuesta de los años, y de los triángulos que representan los rayos del Sol, las ocho horas del día y las ocho de la noche. Esto se halla maravillosamente grabado en un *Cuauxicalli*, vaso que recoge la sangre de las víctimas humanas. Y supongo que no se habrá omitido, aunque sea fingidamente, el detalle de los cautivos sacrificados, «con otros muchos a la postre de todos». (Sahagún).

Siguió, según la *Associated Press*, una representación del Sacrificio gladiatorio. Este número del programa explicaría por sí solo, «el interminable desfile de automóviles, desde la capital hasta el lugar de la fiesta, en el mayor desorden y peores condiciones de tráfico que jamás se haya registrado en la historia de Méjico». Desorden muy natural. Aquellos automóviles caminaban a ochenta kilómetros por hora, rumbo a la barbarie y a la antropofagia. «Muchos peregrinos

podieron presenciar sólo el final de la fiesta». Eso bastaba. Vieron lo mejor. «Hacían subir al cautivo sobre la piedra redonda, a manera de muela, que era la piedra del sacrificio, y estando sobre ella el cautivo, venía un sacerdote, vestido con un cuero de oso, y atábale por la cintura con una soga que salía del ojo de la muela. Luego le daba una espada de palo, sin navajas, y dábale cuatro garrotes de pino, con que se defendiese. Luego los que estaban aparejados para la lid, comenzaban a pelear con el cautivo de uno en uno. Algunos cautivos que eran valientes, causaban a los cuatro peleando y no le podían rendir. Venía un zurdo, y daba con él en tierra. Luego aparecía el que abría los pechos, y le sacaba el corazón. Acabados de acuchillar y matar los cautivos, se hacía el baile en derredor de la muela, y los señores de los cautivos, danzando y cantando, llevaban las cabezas de éstos, asidas de los cabellos. El dueño de cada cautivo recibía la sangre en una jicara, y con ella untaba la boca de los ídolos. Habiendo visitado todas las estatuas, y después de estar en el palacio real, se desollaba el cuerpo del cautivo en el *Calpulco*. De allí llevaba el cuerpo desollado a su casa, donde le dividía y hacía presentes de la carne a sus superiores, amigos y parientes». (Sahagún).

Hace algunos años se quiso representar el *Divino Narciso*, auto sacramental de la *Décima Musa*, Sor Juana Inés de la Cruz. No lo permitieron Belén Zárraga y Alvaro Obregón. Eso era oscurantismo.

Item más. Dice la *Associated Press*: «Entre los huéspedes de honor convidados a la fiesta del Quinto Sol y del Sacrificio gladiatorio, se encontraba una delegación de indios peruanos, descendientes de los Incas». La noticia no particulariza de qué Incas descendían esos invitados. El dato interesa porque una de las distracciones de los Incas consistía en asesinar unos a otros. Aquel era un «reinado suave», en que hicieron ventaja a todas las demás naciones del Nuevo Mundo», afirma Garcilaso. Y el mismo Garcilaso cuenta cómo resolvían sus cuestiones domésticas. Yahuar-pampa, lugar ameno, que quiere decir «campo de sangre», lleva este nombre porque después de una batalla, «a la mujeres, hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras, colgaban de los árboles y de muchas horecas muy grandes que hicieron. A unas colgaban de los cabellos. A otras por debajo de los brazos. Y a otras, de otras maneras feas... A los muchachos y muchachas fueron matando poco a poco». Todo pasaba en familia. Garcilaso dice: «Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos, fué la crueldad de Atahualpa, que no hartándose con la de doscientos hermanos suyos, hijos del gran Huayna Cápac, pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tios y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que como fuese de la sangre real, no escapó ninguno, legítimo ni bastardo». ¿Serán descendientes de este amable Inca los huéspedes que presenciaron el Sacrificio gladiatorio de Teotihuacán? ¿Y también irían uniformados, como Hijos del Sol, con la borla de *llauto* colorada? Pero en automóvil, a ochenta kilómetros, para no perder la estimulante representación del Sacrificio gladiatorio.

CARLOS PEREYRA

BROMAS Y VERAS

¡Qué fíos pidiendo!

La prensa ha publicado el programa de la alianza antiespañola, que constituye un verdadero sistema de gobierno. No se quedan cortos pidiendo. Piden la disolución de la Guardia civil, Guardias de Asalto y desmilitarización del Ejército; expulsión de las Ordenes religiosas, estatificación de los Bancos y de la Prensa; control de las industrias y comercios por los obreros; armamento del pueblo; socialización de la tierra; amnistía de los delincuentes de octubre... ¿Les daremos todo eso que piden? Porque la República se la hemos dado con nuestra pasividad y cobardía. ¿Podemos concederles lo que ahora piden?, porque de concesión en concesión les vamos dando todo...

Otra vez el contrabando de armas

Ya está sobre el tapete la cuestión de los envíos misteriosos y clandestinos de nuevos contrabandos de armas. Y ya sabemos que no son ciertamente para impedir asesinatos y robos sino para cometerlos, con la villanía y canallez que ellos saben. Y quizá el parte de hoy sea: tranquilidad en toda España. Quizá fuera mejor escribir: pasividad, negligencia suicida y hasta protección desde las alturas a los traidores de la patria.

Porque no ha habido justicia

El ex Gobernador general de Asturias señor Velarde, que hace pocos días presentó la dimisión de su cargo, entrevistado por un periodista, ha dicho:

«Cuanto dijera de los horrores allí cometidos resultaría pálido, pero si se atiende a la lenidad con que han sido juzgados los respon-

sables y la facilidad con que se han perdonado los crímenes, cualquiera creería que allí no ha pasado nada. ¿Preguntaba usted si había peligro de que se repitiera el atentado? Pues ahí lo tiene usted: en esa lenidad para dejar impunes los delitos cometidos, delitos tan terribles que, de haberse pagado con vidas, muchas se hubieran tenido que entregar al verdugo.

—¿Qué remedio cabe?

—Un propósito decidido de que no vuelva a suceder, haciendo que los revolucionarios queden tan aislados que se les pueda conocer y señalar, marcándoles hasta el último paso que pudieran dar.

—¿Es decir esto que también usted es partidario del frente antirrevolucionario para atajar la revolución?

—Desde luego, y llego a tanto en esto, que podría hacer más muchas de las ideas que se exponen en las derechas, hasta las más extremas. Hoy no cabe otra cosa, si se quiere salvar a España, que la unión perfecta de todos los que por amor a España repugnen la revolución.

Téngase en cuenta que la batalla habrá de ser ahora más reñida que lo fuera el 33. Ya no se trata de llevar a las Cortes una mayoría solamente, sino que habrá de procurarse por que la calidad de esa mayoría corresponda a lo que ha de pedirsele.

No dudemos de que los hombres que las izquierdas lleven irán dispuestos a todo; serán las primeras figuras de sus partidos, y, para enfrentarse con ellas, han de ser también primeras figuras las de las derechas, hombres que conozcan los problemas nacionales y a los enemigos de España.



CONTRA LA REVOLUCIÓN

Ahora más que nunca

HISPANIDAD O

Van a cumplirse dentro de muy poco los cinco años de gobierno (?) republicano. Cinco años en los que no sólo no se ha adelantado nada, sino que se ha retrasado mucho. Cinco años de triste experiencia, en los que se nos ha querido convencer a los españoles de que podíamos, e incluso debíamos, olvidar un pasado glorioso y sacrificarlo en aras de una felicidad común que ni aparece ni aparecerá por ninguna parte. Cinco años en los que apenas si ha existido un día de tranquilidad. Los mayores crímenes, las mayores monstruosidades han podido cometerse sin el más leve castigo. Ni justicia, ni prevención para el futuro. Impunidad. No coqueteos, sino protección decidida y abierta a la revolución.

Primero se pidió una república ¿por la república? ¿Esta era un fin o un medio? Por sus obras los conoceréis. ¿Quiénes fueron los fundadores de esta república? ¿Y hay quien pueda creer que van a dejarse arrebatar el hijo de sus entrañas? De ninguna forma. Ya alguien dijo que antes de entregar la república a unas derechas, la darían al comunismo.

Condenado al fracaso desde el primer momento este intento de republicanización de España, o lo que es lo mismo, de antiespañol-

ización de nuestra patria, se han esforzado sus dirigentes en mantener a costa de todo y contra todos una república que si algún bien ha hecho ha sido afirmarnos más aún en nuestras convicciones de España una, católica y tradicional, único modo de seguir siendo españoles.

No vamos a hacer la historia de esos cinco años próximos a cumplirse; una sola palabra puede sintetizarla: República. ¿Qué español tiene un concepto, no digo de elevación moral, pero ni de medianía, de la república?

Y llegamos a estos días en que se cumple su primer lustro, y presenciamos el fracaso, la bancarrota republicana. ¿Cómo, entonces, se trajo una república que de no haber sido por elementos que nada tenían que ver con ella, hace tiempo estuviera ya enterrada, y aun con ella se encuentra en crisis fulminante al llegar a los cinco años? Demasiado sabemos cómo se trajo *esto*. Que no fué precisamente por la acción positiva de los republicanos, sino por la acción negativa de los monárquicos.

Ahora, por patriotismo y por instinto natural de conservación se nos pide que defendamos a España. Bien. Pero ¿defendiendo al

ON Y SUS COMPLICES

nca ¡¡Viva España!!

ANTI-ESPAÑA

mismo tiempo una institución que hoy, vinculada con nuestra patria, la ha llevado a la ruina? España merece todos nuestros sacrificios, pero ¿la defenderemos bajo el signo que hoy ostenta la república?

No pretendemos hacer política desde nuestras columnas, pero en estas horas tristes que se avecinan no queremos silenciar nuestro fervor y entusiasta adhesión a aquellas instituciones que llevaron a España al cénit de su gloria.

Y si llegáramos a encontrar el eco que deseáramos para nuestras palabras, no por nuestras, sino por sinceras, diríamos al país entero lo que se juega en estas elecciones; que no se trata ya de una inocente pugna entre liberales y conservadores, sino de la gran batalla del ser o no ser, España o Moscú, Cristo o Barrabás.

Cuando iniciamos esta publicación teníamos el presentimiento de que ya era tardío nuestro esfuerzo. Y los acontecimientos vienen a darnos en parte la razón. Porque ahora hay que ir a las elecciones como sea, sin existir en ninguno de los partidos esa preparación sólida que es la única garantía eficaz del triunfo. Todos son, más o menos, movimientos de masa, que

si bien en un momento determinado puede decidir sobre los acontecimientos, a la larga no sirven para nada. No vamos a pretender que la masa sea selección, pues ambos términos se excluyen, pero sí que tenga un nivel cultural más elevado. Desgraciadamente de esa masa se han ocupado mucho más las izquierdas para explotarla que nosotros para salvarla. Prescindir de su formación cultural en el grado que puedan asimilarla es un error que quizás nos pueda costar caro a todos. Nuestra revista salió para suplir en parte esa falta, pero conociendo de antemano que el olvido de tanto tiempo tendría que traer necesariamente el estado de cosas en que estamos viviendo.

En esta disyuntiva que nuestra misma desidia nos ha traído, no hay más que un deber: España. Dios y Rey, que eso es España. Quien limite esos horizontes, el que cercene esos anhelos quizá pueda triunfar, pero no se olvide, pasajeramente. Porque en España no hay cuestión entre República o Monarquía, sino entre Monarquía Católica o comunismo. Hispanidad o anti-España. Lealtad o traición. Vida o muerte. Por fortuna, la cuestión va a situarse claramente en los términos precisos.

España en Trento

(CONTINUACIÓN)

II

La Dieta de Worms

«Que Su Majestad ponga atención en un frailecillo de nombre Lutero», escribía a Carlos V su Embajador en Roma, cuando aquél se disponía a asistir a la Dieta convocada en Worms.

El joven Emperador observa de cerca a este *frailecillo* turbulento que trae dividida a media Cristiandad con sus predicaciones. Lutero se presenta a la Dieta, montando un magnífico carruaje y precedido por heraldos que anuncian su proximidad. El Emperador, en cambio, apenas si ha advertido su llegada. Va vestido a la española, sencillez y majestuoso al mismo tiempo. En medio de la Asamblea compuesta por casi todos los Príncipes y Obispos de Alemania, Lutero deja oír sus furias. Atropelladamente va mascullando toda la rabia que hay en su pecho. Empieza con aparente tranquilidad, pero poco a poco va subiendo de tono hasta que el mismo Emperador tiene que llamarle la atención.

—No será este frailuco quien haga de mí un hereje—había dicho Carlos.

No obstante, el Emperador va repasando mentalmente las injurias recibidas, ya por parte del Papado, ya de los franceses. Quizá este frailuco le sirva para conseguir del Papa lo que tantas veces le ha pedido: el Concilio. No hacen caso a su ruego, ante el empuje creciente de Lutero, no tendrá más remedio que aliarse con él. Además el turco..., terrible pesadilla que no le deja reposar un instante. Recuerda también las palabras de su abuelo, el Emperador Maximiliano: que se atienda al fraile de Wittenberg; algún día pueda ser que necesitemos de él... Lutero podía llegar a ser, como lo fué en efecto, un terrible personaje con quien había que contar.

La sesión se suspende. Días más tarde, al reunirse nuevamente la Asamblea, Carlos, que ya ha meditado minuciosamente en las palabras que el otro día dijera Lutero, y en la actitud que convenía a la causa de Dios, que

no olvidó en ningún momento, se levanta majestuoso e imponente... y con voz clara y elevada hace una magnífica confesión de fe católica, sin distinguos ni paliativos y condena duramente la actuación de Lutero como hereje e instigador al desorden, recordándole que estaba fuera de la ley y debía abandonar la ciudad de Worms rápidamente. En Lutero se reúne ya la condenación del Papa y la del Emperador.

Parece natural que en la Edad *Obscura*, la enemiga de los dos poderes de la tierra sería lo suficiente para que el desgraciado contase los minutos que le quedaban de vida. Desgraciadamente no fué así. Años más tarde, el Emperador, ya casi en el lecho de muerte, se dolerá ante los monjes de Yuste de no haberlo mandado matar. «Mucho erré en no matar a Lutero, les decía, y si bien le dejé por no quebrantar el salvoconducto y palabra dada pensando de remediar por otra vía aquella herejía, erré, porque yo no era obligado a guardarle la palabra por ser la culpa del hereje contra otro mayor Señor que era Dios, y así yo le había ni debía de guardar palabra, si no vengar la injuria hecha a Dios. Que si el delito fuera contra mi mismo entonces era yo obligado a guardarle la palabra, y por no le haber muerto yo fué siempre aquél error de mal en peor, que creo que se atajara si le matara».

Lutero lo debió prever en algún momento, cuando escribiendo a su amigo Spalatino le decía: «Puede asesinarme, si quiere ese cerdo de Dresde (el Duque Jorge de Sajonia) mi sangre perseguirá siempre a ellos y a sus hijos».

Los protestantes han presentado con caracteres de apoteosis la réplica de Lutero al Emperador ante la Dieta de Worms y su estancia en dicha ciudad. La verdad es bastante más triste. Concedamos de grado todo lo glorioso que resultara aquella fecha para Lutero y para la causa que defendía. Un hecho que se repite a través de la historia y que nos recuerda la célebre estancia de Lutero en Worms ante la Dieta del Imperio está por encima, muy por encima de la glorificación del hombre. Y ese hecho le condena. Es falso que

de Worms saliera la libertad del espíritu, si salió algo fué el libertinaje. Y no es una nueva era de comprensión y de más tópicos, es una fecha triste que abre una gran división en el pensamiento humano.

Es muy corriente considerar a Lutero como a un simple fundador de una secta religiosa, al protestantismo como un hecho que pertenece exclusivamente al dominio de la historia eclesiástica, sin más consecuencias en el orden moral, económico o político. Esa idea, precisamente, es hija de las doctrinas luteranas.

Sin que Proudhon nos dijera que en todas las cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología y viceversa, la experiencia ha venido a enseñarnos que la política y la religión van tan íntimamente unidas que realmente apenas si pueden separarse. La Historia, al menos la de veinte siglos de cristianismo, nos indica que los dos únicos agentes de la Historia son los católicos y los no católicos en cuanto tales.

Una de las grandes transformaciones que se operan con el nacimiento de la herejía alemana es lo que Lutero jamás pudo prever, ni siquiera vislumbrar: la nacionalidad, o mejor dicho, el nacionalismo. Alemania era entonces una multitud de pequeños Estados, sometidos a la obediencia de un príncipe, secular o eclesiástico. Pero en todos yacía latente el principio de la unidad. Por eso Lutero, al liberar a los alemanes de la obediencia de Roma y crear la Iglesia alemana, daba el golpe de gracia en la conciencia de todos, golpe decisivo que, al unirse más tarde entre sí los diferentes Estados para la defensa del nuevo credo, establecía las bases del futuro Estado alemán. Si Carlos hubiese sido más ambicioso en lo temporal, hubiera explotado en su provecho los deseos de los alemanes.

El espíritu renacentista y la evocación de los hechos gloriosos de otras épocas hicieron despertar en aquellas gentes un sentimiento desconocido hasta entonces y que hoy, por desgracia, llevado a su enésima potencia amenaza destruir la civilización.

«No es una exageración, dice Wyndan Lewis, el atribuir esta fiebre moderna de nacionalismo a la Reforma, que surgió de un exaltado culto al yo y acarreó el florecer de aquellos egoísmos que a una Europa del Renaci-

miento sin desmembrar bajo la contrarrevolución, la hubieran, en último caso, entorpecido en su crecimiento, y quizá, al fin, la habrían marchitado del todo. El nacionalismo moderno se manufacturó en Alemania en el siglo XVI». «Lutero explotó en su favor, dice Grisar, con habilidad suma y para enaltecer su causa este espíritu nacionalista cuando se vió obligado a luchar abiertamente». Por eso la *Theologia germánica* de Lutero no es simplemente una cuestión religiosa, sino que por serlo hondamente, es una cuestión esencialmente política.

Y esa gran cuestión está aún por resolverse. Las naciones luchan todavía por no poderse liberar del pesado lastre de las ideas luteranas.

Pero acaso, dirá el lector, ¿es de tan enorme trascendencia las ideas, o lo que fueren, de aquel fraile excomulgado? Christopher Hollis, en su *Monstrous Regiment*, citado por Wyndan Lewis, dice lo siguiente: Es muy posible que este viejo concepto europeo de una sociedad unida, que había sobrevivido y ganado fuerza desde el fracaso del experimento isabelino, podía haber evitado, o detenido al menos, la desastrosa rivalidad continental del siglo XVII y de la primera mitad del XVIII entre Austria y Francia y la guerra anglo-francesa, que duró ciento cincuenta años, desde los tiempos de Guillermo III hasta la batalla de Waterlloo. Hubieran sido imposibles esas guerras, no consideradas como religiosas por sus beligerantes, de haber sido otras las condiciones religiosas de Europa. Así no hubiera podido adquirir fuerza creciente la Monarquía prusiana, que había utilizado la asistencia de Francia contra Austria y la ayuda inglesa contra Francia, más tarde. Toda la historia de nuestro tiempo habría cambiado.

Pero no solamente evolucionó en el siglo XVI la política, también la economía fué completamente trastornada. El egoísmo fué creando esas inmensas riquezas que entorpecen el funcionamiento de la rueda de la fortuna y del bienestar común. Este egoísmo reviste todas las formas posibles para enriquecerse a toda costa y a costa de quien fuere. El robo legal no es la única fuente de riqueza. Esto trajo inevitablemente la creación de las grandes empresas, el hombre máquina, cobrar todo lo posible, pagar lo menos que se pueda. Así se

iniciaron las grandes luchas entre hermanos, hijos de un mismo Padre.

El protestantismo lanzó, además, la especie del libre pensamiento y con ella toda esa confusión de ideas, ese marasmo de pseudociencia pedantesca que amenaza con volver locos a los pocos cuerdos que, por fortuna, aún existen.

III

¿Quién era Lutero?

Que Su Majestad ponga atención en su frailecillo de nombre Lutero. ¿Quién era este frailecillo? La verdad histórica no se alimenta ya como en otros tiempos, de supuestos o de citas más o menos ciertas. La revisión de la historia en todas sus partes es ya, gracias a Dios, un hecho. Una serie de monografías y estudios parciales escritos por verdaderas e indiscutibles autoridades, están fijando, creemos definitivamente, la verdad en la historia. Respecto de la personalidad de Martín Lutero, el docto profesor de la Universidad de Innsbruck, Hartmann Grisar, ha compuesto un precioso libro, en el que aparece tal, como es, la triste figura del agustino apóstata.

Estando tan ligada la cuestión del Concilio Tridentino con la herejía protestante, creemos conveniente dar una ligera idea de su fundador.

¿Quién era Lutero? Es difícil responder concretamente a esta pregunta, pues el examen sobre el fraile de Witenberg no nos dará nunca un juicio por el que pueda ser definido, si no es la indefinición de su personalidad, indefinición que heredó la secta por él fundada. La única norma que pareció animarle toda su vida, es la contradicción y negación de lo estatuido. Aunque luego volviera a afirmarlo, para otra vez volverlo a negar. Sus doctrinas y enseñanzas son una serie de aberraciones y negación del sentido común, sin precedentes en la Historia.

Aun dentro del triste papel representado por Lutero, ¿cabe incluirle en la galería de los grandes hombres? Ni como pensador ni como hombre de acción merece esos honores. Grisar se pregunta: ¿puede este hombre merecer el dictado de grande?, para contestarse: si ha sido grande, lo fué tan sólo con grandeza absolutamente negativa.

Sin embargo, mirando objetivamente la influencia que ha tenido en la marcha de los acontecimientos la doctrina de su nombre, no tenemos más remedio que reconocer en él una grandeza un poco trágica, una grandeza póstuma ciertamente, que habrá que repartir con la de Carlyle y Nietzsche, acaso como la de Rousseau y Voltaire, con la de Kant. Es el tipo egocentrista, soberbio, el super-hombre.

No cabe duda, que aun desprovisto de aquellas dotes de organización y visión política, incluso de prudencia y verdadero talento, aunque no falto del instinto de intriga, ironía, fina a veces, groseras las más, tenía cierta habilidad para granjearse la amistad de los príncipes. Su mayor éxito consistió en la corrupción de la sociedad, de la que él fué su personificación. «No vamos a discurrir, escribe el P. Carro, sobre posibilidades, pero si diremos que no hemos visto nunca en Lutero las cualidades de los grandes heresiarcas, y por lo mismo sólo se concibe su éxito por la preparación enorme que encontró en la sociedad».

Desde pequeño hasta el sepulcro había alimentado lo que se suele llamar «manías persecutorias». Todos se conjuraban contra él, todos eran enemigos suyos, especialmente el diablo, del que parecía estaba poseído. Era muy propenso a la tristeza y estaba siempre dominado por un terror grande por las cosas divinas, en especial sentía verdadero pánico al pensar en la predestinación, en la suerte que le iba a caber al salir de este mundo. Lutero confía sus temores a su preceptor; eres un tonto, le responde, Dios no está irritado contra tí, eres tú quien estás irritado contra El. Lutero sufre, además, de grandes ataques que le dejan tendido en tierra por mucho tiempo, en medio de horribles convulsiones.

Todo esto influye sobre el ánimo de fray Martín para dejar el convento. No pasó mucho tiempo cuando empezó a discrepar de la doctrina de la Iglesia, declarándose, más tarde, en abierta rebeldía contra ella. Aquí empieza su verdadera vida de hereje y el terreno propio en donde hay que estudiarlo.

Examinemos alguna de sus cualidades más sobresalientes, bien que estas cualidades no serán sino negativas.

Lenguaje de Lutero: Es curioso sobrema-

nera la gama e infinita variedad de dieterios que utiliza Lutero para calificar a sus enemigos. Los católicos, por él llamados «papistas», son todo lo peor: burros, puercos malditos, herejes, panzas de blasfemadores, charcos putrefactos, maldito caldo del infierno, cerdos, epicúreos... Los grandes controversistas y teólogos alemanes, como Juan Eck y Witzet, eran unos farsantes, palurdos y mocosos, o bien unos parásitos, lameplatos y hasta vaso de noche.

Como puede observarse, el léxico alemán no tenía secretos ni escondites para Lutero.

Pero aun cuando es detestable que un hombre emplee ciertos vocablos, más detestable aún y grave es que los dirija, no ya contra personas o instituciones, sino que los emplea igualmente para atacar lo único por lo que el hombre es hombre. «La razón, afirma Lutero, es la ramera mayor del diablo, por naturaleza y por manera de ser es una ramera nociva, una prostituta, una ramera carcomida por la roña y por la lepra, que debiera ser aplastada y destruida. Tiradle fango a la cara para afearla. Está y debería estar ahogada en el bautismo. Merecería la miserable ser desterrada a la parte más cochambrosa de la casa, a los retretes». En este lenguaje, digno de antología, deberá sin duda estar basado el sistema liberal y la escuela de libres pensadores.

Pero Lutero tenía otra cualidad, muy digna de encomio por supuesto, ya que es el duque de Sajonia, su devotísimo amigo, quien hace el elogio: es el más deliberado embustero que conocí jamás. ¿Qué es la mentira? «Es una virtud, responde Lutero, que se emplea en contrariar la furia del diablo, en ser útil al honor, a la vida o al provecho del prójimo». No cabe duda que si la mentira, como afirma Lutero, es una virtud, es ésta la única de que puede gloriarse. Lutero lanzó las más infames calumnias contra todos los que se oponían de algún modo a sus planes, y toda su vida no es más que un tejido de burdas patrañas manifiestas o solapadas.

Hay otro consejo de Lutero, curioso como todos los suyos, y, desde luego, de gran utilidad para los príncipes alemanes: «lo que no puede adquirirse de modo normal, bueno será tomarlo subrepticamente».

Lutero es glotón y borracho: me atraco de comida como un checo y me empapo de cerveza

como buen alemán. En esas comilonas encuentra, según él, el reposo espiritual que necesita su alma para librarse de sus congojas y aficiones. Esta gula iba unida, naturalmente, a la más desenfrenada lujuria. Su carrera de herejarca casi la inicia con su amancebamiento con la monja Catalina Bora. Es este el primer matrimonio civil, pues para Lutero el matrimonio no era un sacramento. Claro que él se había casado «¡por que el Señor le había empujado al estado conyugal!»

He aquí unas cuantas frases del heresiarca, que declaran mejor que cualquier comentario nuestro, la bajeza y degradación a que Lutero había llegado. El celibato eclesiástico es, según él, una institución maldita. «Sufro los ardores de mi carne indómita, escribía; yo debería arder en las llamas del espíritu y, sin embargo, me consumo en la hoguera de mi carne, en la lujuria, la pereza, la inacción, la somnolencia». En otra ocasión aconsejaba: «cuando la mujer no quiere, la criada puede sustituirla». Porque «no está en nuestro poder ser castos, ya que no tenemos el don de hacer milagros». «La palabra de Dios y su obra, dice en otro lugar, son testimonios de que la mujer ha sido creada para el matrimonio o para la prostitución». «Un mozo no debe aguardar a sus veinte años, ni una moza a los dieciséis, para casarse; entonces son aún sanos y deben confiar en que Dios cuidará de alimentar a sus hijos».

A pesar todo, no le alegra mucho su condición de casado, pues que en alguna ocasión un amigo suyo había dicho que, si algún día tomara mujer, se reírían el mundo entero y el mismo demonio y Lutero habría destruido cuanto había edificado hasta entonces. A lo que Lutero, tristemente, contesta: «He aquí que por este matrimonio me he rebajado y envilecido de tal manera, que creo que los ángeles se habrán reído mientras lloran todos los demonios».

Pero estos temores se disipan al hacerse creer él mismo que Dios ha querido que sea así.

La Reforma, pues, que pretendía traer Lutero, no fué sino la legalización y entronización del vicio. Llegó Alemania a tal extremo de degradación, que el propio Lutero la calificó de «espantosa Sodoma», y Bucero, uno de los apóstoles del protestantismo, escribía

en 1539, que «el pueblo retorna al salvajismo, la inmoralidad reina por todas partes».

Parece que en alguna ocasión quiere recoger las riendas que tan sueltas ha dejado y reprimir tanto desorden. Pero es ya tarde. Por otra parte, tampoco él lo quiere de verdad. Los enviados del Emperador han trabajado mucho para que vuelva Lutero al redil de la Iglesia, pero él les responde, con la autoridad de las Sagradas Escrituras, cuál es su misión.

Varios legados del Papa se han entrevistado con Lutero con el mismo fin que los emisarios del Emperador. ¿No habrá forma de reducir a esa fierecilla? Es el Cardenal Cayetano. Le llama a su presencia. Lutero, lo mismo que hará más tarde en la famosa Dieta de Worms, recita atropelladamente textos y más textos de la Biblia para justificar al Cardenal que no se aparta de la verdad revelada y que su posición es justa y agradable a Dios. Pero Cayetano no había venido a oír a Lutero, sino a instarle a que éste se sometiera. Sin abrir los labios ha comprendido que no era posible. No se puede hacer nada con él, escribe a Roma, es una bestia.

Lutero, ante legados y enviados imperiales, es un manso cordero, apenas si se atreve a levantar la vista del suelo, a elevar la voz. Parece un chico a quien se le ha cogido en una mentira, y dice: ¡pero si yo no he dicho eso! Cuando está a solas con superiores a él, es el hijo obediente y sumiso; cuando le observa algún partidario suyo, ya se contonea un poco, y cuando se marchan los legados y se queda entre sus secuaces, chilla, grita y lanza toda la hiel que tenía guardada. En cuanto se marcha un enviado pontificio o imperial, ya está escribiendo un libro contra él.

Esta mezcla de temor y de odio, de sumisión y rebeldía, de, a veces, santidad y maldad, parece ser el principal indicio de su carácter. Maritain ha dicho a este propósito, que en Lutero se encuentra en una gran dosis «una mezcla terrible de cinismo y de candor, de oración y de libertinaje».

Así vemos en extraña mezcolanza las expresiones más dispares. Es Dios quien le guía cuando arremete contra el Pontificado, quien le induce a tomar mujer. Al abrir las puertas de las clausuras y «libertar» a las monjas, les recordaba que era el Sábado de Gloria, día en que Jesucristo salió de su prisión. A cierta

mujer escribía en 1524: «No estoy aún casado, pero no me opondré a la acción de Dios en mi persona». En una palabra, Dios está con él en todos sus actos, sean éstos cuales fueren. Como es Dios el agente de nuestra justificación, es una tontería que nos tomemos la molestia de luchar contra ningún estímulo de nuestras pasiones.

Vea el lector a qué estado puede llegar una sociedad con tales enseñanzas y resuelva por sí mismo si la cuestión religiosa es sólo cuestión de curas y materia para discusiones bizantinas, que ninguna influencia tiene en la vida social. A mayor abundancia, véanse unas cuantas palabras de Lutero sobre los campesinos: «No sois dignos, dice, de los beneficios y de los frutos que en la tierra os ofrece». Se encara con ellos y les dice: ¡Campesinos, estúpidos, asnos, mal rayo os parta! Vuestra parte es la mejor, os toca el tuétano y sois tan poco agradecidos que no queréis dar nada a los príncipes. El populacho debe ser golpeado, estrangulado, colgado, quemado, decapitado o degollado, para inspirarles temor. «Cristo, dice en otro lugar, no pretende abolir la esclavitud. Si el mundo durara mucho tiempo, sería preciso restablecerla».

No es difícil entrever a qué grado de baja y degradación puede llegar un pueblo con tal código de civilización y de cultura.

No se hable, pues, de fanatismo ni de imperialismo, cuando España tomó sobre sus hombros la tarea de rescatarla para Cristo. Gracias a sus esfuerzos, Europa no sucumbió ante la herejía, ante la barbarie, en último término. Hizo lo que pudo y más que pudo en su acción civilizadora. Así y todo, no pudo evitar totalmente las consecuencias de aquellas doctrinas demoledoras. ¡Era un pueblo contra mil! Y los que debieron ayudarlo, se retiraron, dejándole solo. Siglo XVI. Un siglo de intrigas: Francisco I, Clemente, Paulo..., todos enemigos jurados del Emperador, todos enemigos de España. Carlos V. Toda una vida consagrada a una lucha gigantesca, sobrehumana, contra el error. En esa lucha empuñó España cuanto tuvo, pero no pudo más, y poco a poco, las ideas lanzadas por el fraile apóstata fueron rehaciéndose y tomando cuerpo en los libros de Schopenhauer, de Nietzsche, de Kant, infiltrándose en la vida filosófica y religiosa, produciendo el subjetivismo; en la vida

social, desembocando en las democracias y en la anarquía, con toda esa gama de comunismos, sindicalismos y socialismos; produciendo esos violentos choques entre capitalistas y «proletarios», hasta terminar en esa guerra, la más sangrienta y endemoniada de cuantas conocieron la Historia.

Hoy, que aunque amenazados por todas partes, parece vislumbrarse un retorno a esa bendita Edad Media, profetizada por Berdiaeff, tendremos que volver atrás la vista y tomar de los siglos pasados nuestra cultura. Nos urge. Porque los acontecimientos se precipitan y llega pronto el día. Si no nos refu-

giamos en el espíritu que creó y modeló la nación española, si no buceamos con ansias para volverlo a vivir, en el grande y ancho mar de nuestro pasado, no es aventurado afirmar la pérdida total de lo que constituye el alma española. Si otras naciones se empeñan, a pesar de todo, en hundirse, que lo hagan. España tiene aún mucho camino que andar. Y esos caminos trazados ayer señalan los que hemos de seguir en el presente y futuro.

RAFAEL BURGOS

(Continuará).



Una estrella flamenca en cielos del Sur

EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ

Por Fernando Díez de Medina

(Especial para HISPANIDAD)

«Yo soy como el cielo estrellado:
movible y sosegado.»

HÖDERLIN

Para el septentrional, habituado a menor densidad de luces, las noches del Sur con sus cielos cuajados de estrellas y la cauda numerosa de sus constelaciones, tienen un brillo cegador, antes padecer visual que freno del entendimiento.

¿Cuál habría sido la emoción del profundo Plotino que percibía el ritmo de la belleza abstracta en la rotación musical de los astros, o del sutil Lucrecio a quien empavorecía el silencio aterrador de su marcha, ante el deslumbrador espectáculo de los cielos del Sur, donde el oro de las constelaciones entona un himno solemne que triunfa del pavor de los abismos?

En el Sur el ojo humano percibe mejor el mundo estelar. Desde la infancia curiosa que indaga, la vista fortalece sus poderes extensibles y aprende a enriquecer las percepciones bajo el enérgico acicate de un cielo cargado de estrellas; para el contemplador nocturno la cúpula sidérea educa la voluntad, aguza el entendimiento y depura el sentimiento estético de la visión. Por eso Chocano dice que la Cruz del Sur es la condecoración de los abismos; y el incógnito Narayan afirma que en el hemisferio Sur fulge la luz más viva, porque proviene de fuentes más puras que no alcanza el áspero desvío de los hombres.

En el hemisferio austral todo lo que luce es bello. Una clara geometría construye sus formas nítidas y es el perfil más puro cuanto mayor es el tumulto de los cuerpos.

Estamos en la meseta andina, bajo el claror sin término de la noche altiplánica. Millares de estrellas vierten su lumbre cálida. Una infinita vibración sacude el infinito cielo. Los astros solitarios, las constelaciones tumultuosas, las estrellas más distantes irradian luz potente. Todo es como un convergir de fuerzas misteriosas que llaman a la inteligencia humana desde el fondo sin linde de la noche. Antes que la clásica imagen—«Sinfonía de la noche estrellada»—el cielo sugiere un coro innumerable de voces cuya potencia y extensión rebasan los límites acorados de la lógica que reprime y clasifica. Sólo algunos trozos de la «Misa Solemne» de Beethoven y otros de las «Pasiones» del inefable Juan Sebastián Bach, dan idea de este flujo concertado de voces que del infinito fluyen y en lo temporal se resuelven. Absorta en la contemplación del maravilloso espectáculo, la mirada habituada a pacer en sus eternos campos se siente, de pronto, herida por el reflejo de una luz extraña.

—¿Qué luz es ésta que sorprende y mortifica? ¿De dónde proviene su fulgor desconocido?

Es una estrella menuda y lejana. Surge de la noche

del tiempo. Su luz es verde y pura. No tiene la calidez de otros pobladores del cielo austral; es más bien fría, serena al emitir su irradiación. Su mensaje, sin dejar de ser difícil, no está distante de lo fácil; primero hiere, luego atrae. En el soberbio contrapunto de la noche estrellada, es una voz perdida y suelta, distinta a todas las demás.

—¿Quién es el huésped misterioso que surge en los cielos del Sur?

—Una estrella de Flandes... Una estrella de Flandes...

HOMBRE

Un día de septiembre hace su aparición en la ciudad altiplánica. Los habitantes de La Paz contemplan con indiferencia a este pequeño nórdico, de ojos claros y dulces, cuyo espíritu finge estar desasido de toda voluntad de dominio. Desciende en la estación acompañado de un gracioso perrito a quien llama «Cocoliche» y se refugia en un hotel cualquiera, modestamente, como el más humilde de los hombres.

Menudo de estatura, magro, su apariencia física pasaría desapercibida si no fuese la espléndida cabeza que parece aventada de un lienzo primitivo. La tez blanca tiene a veces tonalidades de marfil. Fina, desordenada la cabellera. Noble el perfil de la nariz y espaciosa la frente. Hasta la barba oscura que fluye suave y cerrada, hace un contraste equilibrado en torno a la claridad de la piel.

La esencia de este rostro asoma a los ojos; son dos ojos lúcidos y fríos, penetrados de una fuerza tranquila que sabe sus caminos. En ese doble instrumento de percepción concentra el hombre su máxima vitalidad: Delhez vive por los ojos, que se adelantan, parecen próximos al salto, como si quisieran acercarse más a la naturaleza de fuera. Toda la actividad del alma está expresada en este par de ojos serenos, seguros de sí mismos, que se movilizan con asombrosa rapidez dentro de sus órbitas; se diría, por instantes, que un invisible sentido táctico rige la acción de su mirar pasmoso que da la sensación de adherirse a los objetos. Observando las acciones y pasiones de estos ojos, se comprende que el artista ha nacido para dominar el mundo exterior. Delhez, en lo físico, es una figura de las que solía pintar Van der Goes, el delirante primitivo; a veces en evidente desproporción, diminutas; pero concentrada siempre en el rostro una maravillosa expresividad, como sucede en sus ángeles aéreos y patéticos.

—¿Qué se sabe, por referencias aisladas, de Victor Delhez?

Es un belga de Flandes. Tiene treinta y cuatro años. Vanguardista en París, residió muchos años en Buenos Aires—al extremo que la crítica lo considera

artista argentino—y viene de una finca de Cochabamba, departamento de Bolivia, donde hace un par de años trabaja sus grabados sobre temas bíblicos. Expone en La Paz porque espíritus amigos lo empujan a ello. Su ausencia de sentido práctico, su falta de capacidad combativa para la lucha de las figuraciones y de los éxitos sociales, jamás habrían emprendido la aventura. Al inaugurarse su exposición de temas bíblicos, el público dice desconcertado:

—¿Es este hombrecito sencillo y bondadoso el autor de tanta belleza?

Todos se atropellan por conocer al artista que sostiene heroicamente la acometida: diplomáticos, hombres de estado, señoras, críticos y periodistas se afanan por escuchar de sus labios la historia de esa extraordinaria inquietud que cuajó en tan bellas obras. El artista absuelve las interrogaciones, explica motivos técnicos, diserta sobre escuelas e influencias, hace historia, crítica, crea una atmósfera estética en torno a su obra: pero todo en tono menor, con esa limpidez espiritual que tendría un maestro al hablar a los niños, casi avergonzado de su sabiduría y de los elogios que se le tributa.

Es un verdadero niño de alma vieja. Sabe mucho en cuanto atañe a su arte; sin embargo, desconoce todavía la ciencia elemental de vivir bien y hacerse poderoso. Puro como una criatura, candoroso, descuidado, tiene la ingenuidad del justo y la fuerza tranquila de la sana varonía que sólo busca imponerse por el amor. Todo en él es claro y simple como el cauce infantil de su alma que vive para la sinceridad. Polifacético por sus experiencias vitales—es ingeniero, grabador, polemista, crítico, pintor, viajero impenitente, filósofo, narrador y poeta—es uno e indivisible en función de la personalidad. Es el espíritu que inspira más confianza por ser el que se brinda con mayor amplitud; no tiene nada que esconder: es puro y limpio como su arte. Para poder concentrarse y producir seriamente, abandona una posición social, su comodidad, su propia seguridad económica y se refugia en la finca de «Cocarraya»; como el Doctor Negro en el «Stello» de Vigny, su lema es: solo y libre, cumplir su misión.

ESPIRITU

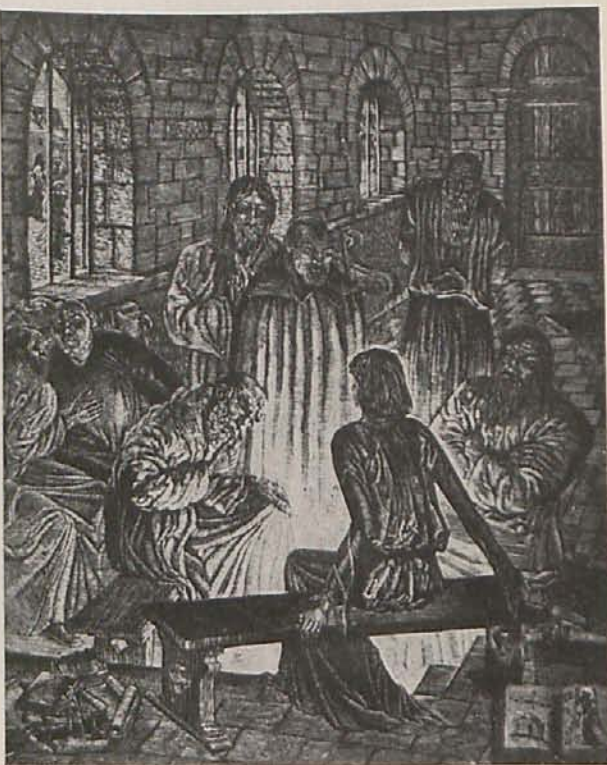
—¿Quién habita en el alma de Víctor Delhez?

—Un europeo de la decadencia; la frase es más sugestiva de lo que parece el primer momento. Como suele ocurrir cuando una cultura llega al zénit, en la decadencia florecen las sensibilidades más atormentadas y también las más lúcidas.

La contemplación de sus grabados, antes que la apariencia especular de los prodigios técnicos, admite la presencia de un cosmos espiritual. Antes de conocerlo personalmente, sus maderas anuncian al auténtico creador, al que supera el hábil tecnicismo de una ejecución mecánica por la revelación del hábito interior que anima a la materia, antes pasión de alma que dolor del cuerpo.

En función de su época, es un representante máximo del drama psíquico que acosa al europeo. Lleva en sí toda la tradición del arte occidental contemporáneo; pasó y padeció la experiencia de todas las escuelas. Hizo pintura, dibujo, grabado. Fué realista, impresio-

nista, cubista, superrealista. Sintió y vivió la oposición encontrada de las tendencias. Renegó del clasicismo y de la plástica renacentista. Después de exponer de acuerdo a las audacias de los «ismos», asistió a la terrible experiencia de la vanguardia derrotada, y tuvo que abandonar también sus caminos para salvarse. De esa ruptura con las escuelas y los cánones antiguos y modernos, nacen sus ilustraciones a Baudelaire, síntesis estética de nuestro tiempo porque expresan la anarquía dominante de las ideas y la sensibili-



JESÚS Y LOS DOCTORES (Grabado por Víctor Delhez)

dad contemporáneas. Delhez es un decadente que agotó las posibilidades de vanguardia. El que perdió la fe en lo clásico intentando liberarse del realismo de varios siglos, pierde también la esperanza de surgir en el movimiento frustrado de las escuelas de avanzada; mas como el alma inmortal burla la caída de las tendencias pugnando por hallar nuevos caminos, el artista busca una salida para su patética indagación.

En este instante tropieza con Berdiaeff, el original pensador ruso, que insistiendo sobre el tema central que atrae al pensamiento moderno, preconiza el fin del Renacimiento y el retorno a una nueva Edad Media. Una nueva Edad Media; he aquí el camino: desprenderse del racionalismo de muchos siglos para volver a las zonas intuitivas donde el espíritu recupere todo lo que ha perdido bajo el esplendor material de la era renacentista; su pensamiento histórico moderno, quiere trocarse en pensamiento metafísico, de verdades eternas y profundas, para crear el nuevo medioevo.

La angustia del hombre moderno, ese «pathos» desgarrador de duda y desconfianza que conduce a la disociación de los valores—tan admirablemente expre-

sados en el «Contrapunto» de Aldous Huxley—los ha vivido intensa y sostenidamente Delhez; pero lejos de ser un apocalíptico de la catástrofe final o de consumirse en el escepticismo taladrante de la sociedad actual, se aferra a una posibilidad de salvación, reniega de las formas normativas del mundo y tiende la mirada hacia el cosmos nocturno de Berdiaeff, el que



ÉXITO VICTORIOSO (Xilografía de Victor Delhez)

tiene luz de estrella, porque no se mide en años, sino en espacios celestes.

En ese derrumbamiento de valores anunciado hace medio siglo por el genio penetrante de Nietzsche, lo salva la tradición del genio flamenco. Aunque el arte delheziano es nocturno, porque busca una gnososis religiosa que lo exprese y afirme su valor ontológico en un movimiento hacia la profundidad del ser, de donde brotará la revelación oculta por el día caótico de la confusión actual, sus xilografías son una nueva tentativa del alma flamenca; son la fuerza inaudita de la tradición que acompaña al artista en su periplo por los caminos del mundo y busca—una vez más en el ébano del tiempo—aquella prodigiosa claridad que se filtra en los lienzos de Van Dyck, dora los cuerpos dionisiacos de Rubens, vibra entre las sombras de Rembrandt y hace limpio el paisaje en Patinir. Estos pintan, Delhez graba; pero de todos es la luz, porque la esencia del genio flamenco es ese aspirar eterno hacia lo claro, que desde la pasmosa objetividad de los Van Dyck hasta el candor subjetivo de Memling, se resuelve en excelencias del ver y el expresar.

Un gran viento profético sopla en sus grabados, como si el artista anunciara una evasión de la rigurosa plástica renacentista y una superación de la vanguar-

dia derrotada. ¿Anticipa un neo-primitivismo, una síntesis de principios elementales, una suerte de realismo mágico o algo que recién está por llegar, esta mano que domó la gubia e hizo saltar chispas de luz en la noche sombría de la madera intacta? Delhez representa, en el grabado, lo que Proust en la literatura: una nueva manifestación en la manera de sentir y de expresar el mundo. No es la reanudación arcaica del pasado, pero anticipa un futuro que no conoceremos en plenitud; por esto se hace difícil comprender la significación de sus grabados, donde vive sus primeros sueños un alma cuya magnitud no podemos medir, pero que ha fijado ya su camino: la cima o el abismo, porque esta sensibilidad sutilísima que doma una implacable voluntad de disciplina, no quiere planos intermedios: o perdura o desaparece. «Mi pequeño talento y mi gran voluntad...» ¿Qué cielos puede abrir esta llave?

En Delhez habita el trágico destino del alma moderna con sus rupturas y su desequilibrio angustioso, su polivalencia y sus contradicciones enigmáticas; para hablar en profundidad de su arte, hay que hacer saltar, detrás del luminoso creador de belleza, al hombre trágicamente humano, expresión activa del pensamiento moderno por la intensidad de sus conflictos, la enérgica expansión del cosmos interior—que se fragmenta y se reconstruye incesantemente—y aquel sentido de evasión que es signo de la época. Quien haya conversado con el flamenco, aprecia el valor trascendente de su «caso espiritual»; una terrible conmoción anímica mueve esta inteligencia apasionada, encubierta por una placida apariencia, mientras adentro cunde el hervor de un despertar mesiánico. A este poderoso y sugestivo espíritu, que se moviliza dentro de esa doble condición de reposo exterior y tumulto en lo íntimo, se le puede aplicar la frase profunda de Hölderlin: «Yo soy como el cielo estrellado, movable y sosegado».

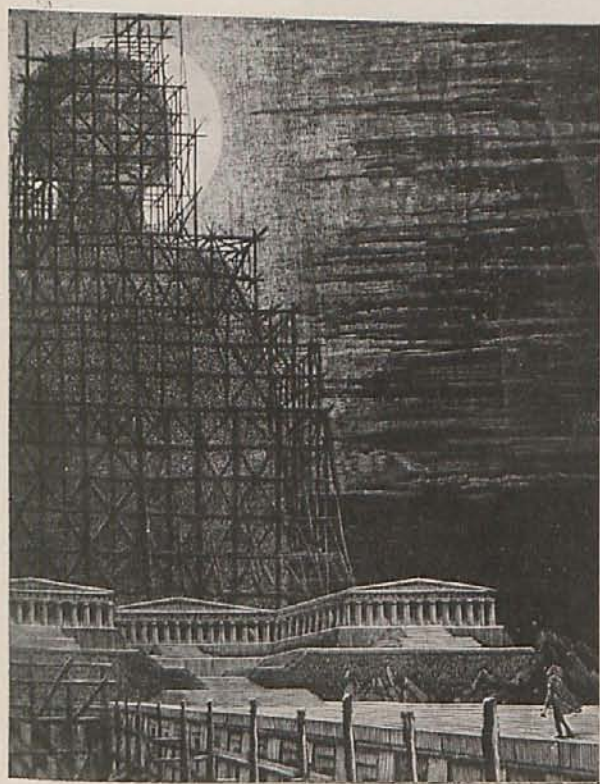
O B R A

Un día contempla un cuadro; el tema es clásico: Cristo entre los dos ladrones. Súbitamente siente el deseo imperioso de acometer una gran obra cíclica: el «Tríptico Baudelaire—Cristo—Dostoiewski»; serán 200 xilografías. En esta imponente concepción ideal, el Cristo, símbolo y fuente de la más alta humanidad, afrontará la dramática oposición a Baudelaire, el profeta a corto plazo, y Dostoiewski, el profeta a largo plazo; es decir, el Redentor Supremo de los hombres, frente al precursor que soñó redimir al espíritu como individuo y al precursor que soñó redimirlo como muchedumbre. Una nueva versión en lo bíblico y algo perfectamente original en el conjunto.

Por la grandeza de la concepción, el propósito delheziano recuerda aquella monstruosa tentativa de «La Puerta del Infierno», que Rodin jamás vió concluida, porque estaba más allá de la capacidad del individuo. ¿Cómo medir el estupendo heroísmo de Victor Delhez, que, huyendo de las ventajas y las fascinaciones de la urbe, se refugia en una placida finca del valle cochabambino, para defender una obra que le sobrevivirá en el tiempo?

Lejos de las concepciones estáticas de Dore—recorran los famosos apóstoles hieráticos, rígidos, barbudos—las figuras delhebianas tienen la dinámica espiritual que viene de la entraña; son la esencia interior hecha forma evidente y palpable. El flamenco mora un mundo real, doloroso, que muerde el espíritu; por eso, a pesar de estar revestido por una apariencia ideal que surge de su imaginación creadora, habita sus grabados, en un segundo plano, el conocimiento trágico de la realidad viviente.

Dice Landsberg, refiriéndose al arte gótico, que se admira en éste el juego desenfrenado de los adornos, la fantasía desbordante del hombre imaginativo, sin atender lo bastante al orden matemático extremado con que está construida la catedral gótica; sin hacer resaltar la enorme regularidad en derredor de la cual gira el bello juego de los motivos decorativos; esto se aplica a Delhez, en quien se quiere ver al preciosista en alardes técnicos, sin advertir que su técnica le sirve más bien para expresar los órdenes secretos de su comprensión del mundo. Delhez es un gótico en cuanto le nacen de la entraña del ser la aspiración al orden, para



LA MUERTE DE LOS ARTISTAS (Ilustración a Baudelaire por Victor Delhez)

expresar no vivencias históricas, sino esencias metafísicas del pensamiento; es moderno, altamente moderno, cuando en el lidiar de sombra y luz que disputan superficie, reviste las cosas de nueva faz, como si un virginal perfil les brotara de lo hondo.

Es nuevo, aunque le nazcan apariencias de similitud temática o de líneas, porque rebasa la educación clásica de las construcciones y supera la estilización de vanguardia.

El mundo exterior le sirve sólo de referencia para su discernir, eminentemente subjetivo del contorno. Su sabiduría vital se refleja en sus grabados. Es—se lo dice un crítico belga—la mano de un gran poeta que ha aprendido a sondear profundidades de excepción y a invertir la idea pura en imagen. Los motivos bíblicos son meros pretextos para que el artista manifieste cuanto sabe del mundo, de la tierra, de sus montañas y llanuras, sus plantas y sus árboles, su luz y su sombra, del hombre con su nobleza y su miseria, sus ademanes y su porte.

Es un arte totalmente libre. Interpreta los Evangelios sin ceñirse al dogma católico, ni siquiera a la concepción general cristiana. Tiene un Cristo negro, porque así concibe al Redentor: fuera del tiempo, del espacio, de la geografía y de la historia, de la limitación racial. Son imágenes del Cristo que no vemos en otras partes; casi aéreas, con sólo un valor de sugestión, como en los primitivos flamencos; rehúsan mirar y voltean audazmente el rostro como en «Jesús y los Doctores»; atrevido el escorzo, inédita la concepción. Estiliza con audacia, perespiritualizando la materia. El Cristo de sus maderas no es el que adoramos en las iglesias, ni el que aprendimos a venerar en las estampas; es un Cristo nocturno, que se esfuma de la tierra para volar al cielo, tamizado a través del alma ardiente de un artista, que viviendo en pleno derrumbamiento de valores, recrea dentro de sí otras representaciones estéticas para emprender con ellas el ascenso a una nueva vida espiritual. Delhez crea otra atmósfera al drama supremo del Cristo, en una versión límpida, inédita, fresca y olorosa de la Sacra Pasión Divina, como si se respirase un aire más fino y más liviano en un mundo encantado. Es un esfuerzo de largos y penosos años de trabajo; sin embargo, no tiene todavía ni la mitad de su «Triptico».

Este arte fáustico, verdaderamente, por el infinito sentido de evasión del mundo real con que está construido, es un camino anárquico que el artista recorre anunciando el restablecimiento del orden profetizado por Federico Schlegel, para cuando terminen las tremendas conmociones espirituales de la moderna humanidad racionalista.

Delhez cultiva una suerte de misticismo estético en la comprensión de la materia, como si el constructor, para entender estéticamente una cosa, se sustituyera a ella y fuera a un tiempo mismo sustituido por ella. Es la «simpatía simbólica» de que habla Basch, y por esto su arte tiene la frescura matinal de una sensibilidad privilegiada que indaga detrás del potente resplandor del día, en busca de las íntimas esencias que fluyen de la noche misteriosa del ser.

—¿Qué nueva luz asoma al reino secreto de Alberto Durero y Gustavo Doré?

Una estrella flamenca vierte su lumbre de oro. Es una luz nocturna, lejana y misteriosa, como si no tuviera prisa de llegar; pero al fluir cerca del ojo humano que escruta la noche enlucrada, pervivirá en dichas claridades, definitivamente, porque brota como revelación del espíritu—según la frase de Novalis—para dar un nuevo sentido al mundo de los hombres.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

La Paz (Bolivia), diciembre 1935.

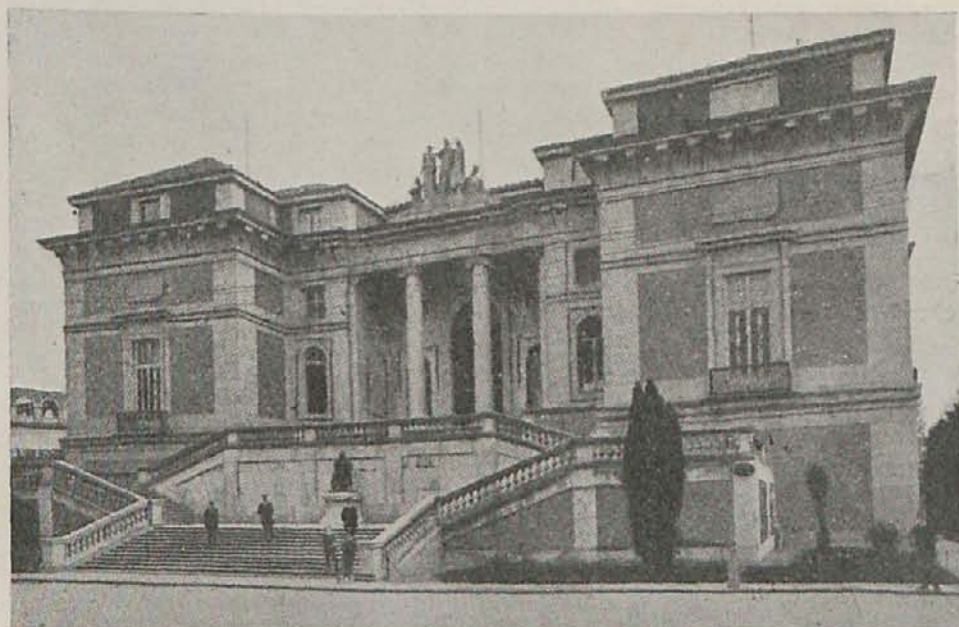
La riqueza del Museo del Prado

No es cosa fácil resumir en pocas páginas la importancia que en el mundo del arte tiene el Museo del Prado.

Estos párrafos serán, por consiguiente, meros apuntes de aquello que lo distingue y caracteriza.

No hay una colección de cuadros más espléndida. Es un museo de obras maestras, y hasta algo más especial: un museo de obras bellas que no fueron coleccionadas con miras de crítica ni con el propósito de reunir ejemplares de todas las épocas y escuelas. El Prado es en realidad la galería de cuadros de una familia aficionada al arte, poderosísima en tres centurias, que tuvo la fortuna de gozar de opulencia en el periodo más brillante de toda la historia de la pintura.

De otra cosa también puede España estar orgullosa. A pesar de que los reyes de España eran señores de tantos países, en los siglos XVI y XVII ningún cuadro llegó a su poder por la fuerza o por derecho de conquista. Nuestros monarcas fueron respetuosos con los tesoros artísticos de sus varios Estados, y nunca despojaron los países de su corona en beneficio de España. La historia de las pinturas del Prado no tiene manchas. Felipe II, que fué tan entusiasta de hermosos cuadros y tan hondamente apasionado por pinturas flamencas, encargó una copia del «Retablo del Cordero Místico», de Gante, sin pensar en adueñarse del original; la admirable copia fué perdida por España, con



El Museo del Prado

En su mayor y mejor parte el Prado es la galería de los cuadros de los reyes de España. Esto explica los huecos que se encuentran en sus series y la prodigiosa abundancia de joyas que lo enriquecen. A partir del siglo XIII, los reyes de España tuvieron a su servicio permanente pintores de corte, y desde mediados del siglo XV, la adquisición de obras de pintura absorbía crecidas sumas de las rentas reales.

Isabel la Católica reunió tantos cuadros, que treinta y ocho de ellos se conservan todavía en la Capilla Real de Granada, y quince en el Palacio de Madrid. Carlos V, y, sobre todo, Felipe II, aumentaron la colección en grado extraordinario. Felipe IV sobrepasó a sus predecesores; Felipe V y su esposa Isabel Farnesio y su nieto Carlos IV, continuaron la brillante tradición, y Fernando VII, de execrable memoria, presenta como único título de gloria, la creación del Museo del Prado en 1819.

Adquisiciones posteriores aumentaron el número de cuadros, pero apenas acrecentaron el valor del Museo; difícil intento sería, en verdad, aventajar, o siquiera igualar, la calidad de sus antiguos fondos.

otros muchos cuadros, en las guerras napoleónicas...

Ya se indicó que el Prado no posee pinturas de todas las escuelas: únicamente guarda un cuadro inglés; la representación de la pintura holandesa es también exigua, porque aquella escuela fué contemporánea de las guerras religiosas; los primitivos italianos están también mal representados; su calidad, sin embargo, es selecta: la «Anunciación», de Fray Angélico, puede ser contada entre sus más finas obras, y la «Muerte de la Virgen», de Mantegna, tiene excepcional valor en la historia del arte; en su fondo hay anticipaciones del moderno paisaje.

El Prado es rico en espléndidos ejemplares de pintura italiana, desde comienzos del siglo XVI. Rafael se muestra como en muy pocos museos. La deliciosa «Sagrada familia del Cordero», firmada en 1507, y el prodigioso «Retrato de un Cardenal», no son superados por ninguna obra del autor. Están rodeadas por piezas tan famosas como «La perla», la «Virgen del Pez» y «La caída en el camino del Calvario» y otras creaciones inmortales del artista que divide la historia de la pintura.

El Prado no posee nada de Leonardo, pues la «Gio-

conda», tan diferente de la del Louvre, no es de su mano; dos admirables obras de Luini evocan, sin embargo, el encanto de su exquisito arte. Seis cuadros de Andrea del Sarto prueban su dominio en el arte de la composición, y el supuesto retrato de su esposa, la enigmática Lucrecia de Barcio, atestigua su hondura psicológica, mientras la gracia sensual de Corregio se revela en el «Noli me tangere» y la «Virgen de la gruta». La escuela veneciana es, entre las italianas, en la que el Prado alcanza altura por ningún otro museo lograda. Aparte de un buen Bellini y un interesante Catena, la serie puede encabezarse con una pintura capital de Giorgione—muy pocas de sus obras maestras se han conservado—y culmina en la maravillosa colección de Tiziano.

Críticos italianos como Venturi, Gamba y Fiocco, confiesan que para comprender plenamente el valor y hermosura de la escuela veneciana, una visita a Venecia es insuficiente si no se conoce el Prado. Tiziano no estuvo nunca en España, pero durante muchos años de su larga carrera artística, pintó para Carlos V y Felipe II, poniendo en estos encargos españoles lo mejor de su genial esfuerzo; en consecuencia, ostenta el Prado nada menos que cuarenta de sus pinturas, entre ellas su portentoso retrato «Carlos V en la batalla Muhlberg», sus más bellas obras mitológicas, «Venus y la Música», «Danae», «La Bacanal», la «Ofrenda a la Diosa de los Amores», así como otras joyas de todas las épocas de su vida, desde la juvenil de «La Virgen con Santa Brígida», hasta los finales esplendores de su genio en el lienzo que celebra la batalla de Lepanto, y el espiritual «Autorretrato», que parece traer la primera noticia prosética de Rembrandt.

Varonés, aquel inimitable intérprete del lujo y de la suntuosidad de Venecia, con su «Jesús entre los doctores», su «Martirio de San Menas» y «El centurión ante Cristo», por no citar otros, da una acabada impresión de su arte, maravillosamente condensado en el «Moisés salvado del Nilo».

Más de la mitad de los treinta Tintoretos del Museo son obras maestras. Esto no es sorprendente cuando se recuerda que, además de ser uno de los mayores artistas italianos, ejerció una profunda influencia sobre la pintura española por medio del Greco y de Velázquez, quien adquirió para Felipe IV las mejores de estas obras.

Tan notable por su cantidad como por su calidad es el grupo de los Bassanos. La falta de espacio impide enumerar las demás pinturas italianas; pero cómo podrían omitirse los excelentes Guido Reni, los magníficos Guercinos y Vaccaros, los vigorosos Stanzioni y Gentileschi? De Luca Giordano, el más fecundo napolitano, tiene el Prado nada menos que cuarenta y ocho pinturas. Tiepolo, el último gran pintor de la escuela veneciana, que murió en Madrid, puede estudiarse en el Museo del Prado como maestro de la técnica al óleo mejor que en parte alguna.

Si el mero inventario de la riqueza italiana del Prado es tan brillante, la lista de las pinturas flamencas no es menos deslumbradora y, posiblemente, más completa. En contraste con su pobreza en primitivos italianos, el Prado es rico en primitivos flamencos. Nuestros reyes, desde Juan II, a mediados del siglo XV, tenían

gran afición a estos cuadros devotos e ingenuos. «La fuente de la vida», tema de incesante discusión entre los críticos, preside la colección; no se puede llegar a otra conclusión prudente que la de que está íntimamente relacionado con el «Retablo del Cordero Místico», de los Van Eycks. Soberbio es el conjunto de las cuatro pinturas de Dierick Bouts; entre las producciones capitales del misterioso maestro de Flemalle, están la «Santa Bárbara» y el «San Juan» con el maestro Enrique de Werl, fechado en 1444.

Es admirable la «Piedad», de Van der Weyden, adquirido en 1924; dos buenas copias del gran «Descendimiento de la Cruz», de El Escorial, y el enorme tríptico de la «Redención», representan el vigor y dramatismo del maestro. El tríptico de la «Adoración de los Magos», de Memling, es soberbio ejemplar de su arte, del cual existe una repetición posterior en el Hospital de San Juan de Brujas. Dos sugestivas «Madonnas» de Gerardo David y otros dos de Mabuse, se destacan sobre las demás obras flamencas primitivas que no podemos detallar aquí. Por rara fortuna, posee el Museo cuatro originales del extraño Patinir, entre los cuales está su más importante obra, «La Tentación de San Antonio», en las que las figuras son de Matsys.

De extraordinario valor son también las tablas de Jerónimo Bosch, en especial «La Adoración de los Magos», que no tiene par en todas sus obras. En este grupo de pintores humorísticos y exquisitos debe incluirse el genial «Triunfo de la Muerte», de Brueghel el Viejo.

Si pasamos al siglo XVII encontraremos seguidamente la abrumadora personalidad de Rubens, representada por ochenta y nueve obras. Solamente su prodigiosa fecundidad, sus dos viajes a España y el hecho de que invirtiera largos años al servicio de nuestros monarcas pueden explicar tan pasmosa riqueza. Más que el número sorprende la calidad de muchos de estos cuadros de Rubens. El caso de Tiziano se repite en él; Rubens dedicó sus mejores horas al servicio de Felipe IV y de los archiduques. «La Epifanía», «Las tres Gracias», «El jardín del Amor», «Ninfas y sátiros», «Diana cazadora», el maravilloso retrato de María de Médicis deben ser incluidas entre las más geniales producciones de este verdadero monstruo de la naturaleza. Si descendemos a obras más humildes del maestro encontraremos joyas como «La Virgen y el Niño» dentro de una orla de frutas, flores y animales de Brueghel de Velours, pintura que a la gracia de su ejecución añade la singular anécdota de haber sido estudiado por el actual Papa Pío XI en un erudito artículo, no desprovisto, sin embargo, de errores.

En obras de sucesores de Rubens es rico el Museo del Prado. Van Dyck muestra su incomparable elegancia como retratista en el «Paulo Ponce», el «Músico», el «Martín Ryckaert», «La Condesa de Oxford», el «Conde de Berg», «Sir Endymion Porter y el pintor», etcétera, etc.

Como pintor religioso está representado por «El prendimiento» y «La serpiente de metal». La diversidad del talento de Jordaens está patente en el Prado y es desconocida en otros museos por la repetición de temas y de técnica. En ninguna otra colección puede ser estudiado Brueghel de Velours más ventajosamente,



Velázquez. "El Infante Don Baltasar Carlos

(Cuadro que se conserva en el Museo del Prado)

ya que las 47 pinturas suyas catalogadas por el Prado revelan al observador todas las facetas de su personalidad. Los paisajistas Valckemborgh, Momper, Bril Van Artois, Miel y otros; los que pintan marinas y la naturaleza inanimada pueden ser conocidos aquí por obras características y en su mayor parte notables. Particular mención debe de hacerse del extraordinario grupo de los cuadros de Teniers; su número pasa de cincuenta.

Los holandeses del siglo XV han sido citados entre los primitivos flamencos. De los del siglo XVI, aparte de varios excelentes Marinus, el Prado cuenta entre sus tesoros retratos magistrales de Antonio Moro, pintor de Felipe II, que contribuyó a la formación de la Escuela Madrileña de Retratistas de la Corte. Ya he indicado antes la razón de la escasez de ejemplares holandeses del siglo XVII; no obstante, un buen Rembrandt, cuatro preciosos van Ostades, dos Ruysdaels, un admirable Metsu y diez Wouwermans, entre otros, proporcionan una clara visión de esta gran escuela de pintura.

Cuatro capitales obras de Durero: su «Autorretrato», de 1498; el «Retrato de un hombre», fechado en 1524; «Adán» y el «Eva», de 1507, forman una espléndida representación de la escuela alemana acompañados de dos curiosas escenas de caza de Granach el joven, y dos extraños ejemplares del enigmático Hans Baldung Grien.

En la escuela francesa, en medio de numerosos retratos de los Borbones, sobresalen varias clásicas composiciones de Poussin, en excelente estado de conservación, una serie de paisajes de Claude Lorrain, pintados para Felipe IV, y dos deliciosos cuadritos de Watteau.

Con un espacio tan limitado hay que prescindir de todo lo demás (esculturas, joyas) para consagrar unos párrafos a la pintura española. Conociendo el origen secular de una gran parte de los tesoros del Prado no extrañará que sea pequeña la colección de los primitivos españoles no aparecidos hasta los últimos tiempos. El arte catalán puede solamente estudiarse a través de algunos ejemplares de la sala del legado Bosch. La escuela aragonesa está representada por un anónimo e interesante «Retablo» de la leyenda de San Miguel, procedente de Arguís, que parece haber sido pintado por los años de 1450 por un precursor de Bosch, y el «Santo Domingo de Silos», obra documentada de Bartolomé Bermejo en 1474, el más vigoroso de los pintores españoles del siglo XV. De escuela castellana hay que citar el retablo de Hornija, el de San Juan y Santa Catalina, ambos de la primera mitad del siglo XV; el sereno «Cristo en el Trono», de Fernando Gallego, y las soberbias pinturas de Santo Tomás de Avila, ejecutadas por Pedro Berruguete, el gran artista cuya fama comienza a ser universal, por las pinturas de los Sabios del «studiolo» de Urbino, hasta aquí atribuidas a Justo de Gante, Melozzo de Forlì y Giovanni Santi, son realmente de su pincel. El misterioso cuadro de la «Virgen de Montesa», en el cual se funden notas del arte de Italia y Flandes sirve de eslabón con el arte del siglo XVI.

Desde este punto las series son más completas, requeriría más espacio tratar de los Juanes Padre e hijo,

que pertenecen de lleno al renacimiento, del Divino Morales, que expresa con hondura la devoción popular. Juan Correa, el ingenuo narrador de historias de frailes; de Sánchez Coello, el retratista discípulo de Antonio Moro, iniciador de la escuela del retrato de Corte, que culminó en Velázquez; de Juan Pantoja de la Cruz, autor de fríos y elegantes retratos.

Por su parte, el Greco desconcierta tanto como obliga a la admiración con sus retratos de hidalgos y por sus obras religiosas; de tan exaltada expresión mística y de tan honda emoción. El arte del Greco es la rama más vigorosa del espíritu veneciano, fuera de Italia, que, injertada en la pintura española, recibe de ella la savia que la hace florecer con esplendor y originalidad. Supera en el Prado los retratos del Greco a las pinturas religiosas. No hay completa falta ni tampoco abundancia de obras de los pintores que se inspiraron en la Naturaleza para buscar en ella la verdad guiado así al arte español. Ejemplares son de esta tendencia los cuadros de Francisco Ribalta y de Herrera, el Viejo, pintadas con brio e inexorable realismo.

De la gran generación de pintores de que son gloria Zurbarán, Ribera y Velázquez, el Prado posee pocas pero excelentes muestras del primero, muchos admirables ejemplares del segundo y del tercero... no solamente la mitad de su producción total, sino sus mejores obras con las excepciones del «Retrato de Papa» y la «Venus del Espejo». La escuela de Madrid, contemporánea y subsiguiente a Velázquez, está brillantemente representada por Cerezo, Antolinez, Mazo, Carreño y Claudio Coello en selectos cuadros que evidencian el vigor del arte madrileño, pues evitando una servil imitación velazqueña se plasmó valientemente un carácter peculiar.

Magníficos son en verdad los lienzos de Murillo, cuyo arte culmina en los «medios puntos» y en su «Santa Isabel». En ninguna parte, fuera de Sevilla, puede comprenderse como aquí el valor del más universalmente popular de todos los pintores españoles.

Espléndido broche en la cadena; la figura de Goya resume la pintura antigua e inicia el arte moderno con posibilidades, de las que algunas quedan todavía para realizarse en el futuro. Únicamente en el Museo del Prado es posible estudiar de manera completa los múltiples aspectos de su genio. Desde la serie de cartones para tapices hasta la decoración mural de la «Casa del sordo», pasando por los retratos y por las pinturas nacidas de la guerra—sin olvidar el medio millar de sus dibujos—, el Prado guarda los más característicos elementos de su ingente y proteica personalidad.

Tales son brevemente expuestas las riquezas del Prado. Falta espacio para dar de ellas una idea justa; pero aunque lo hubiera, ni la palabra escrita ni la ilustración gráfica son adecuadas para el empeño, pues la primera es inexpressión y la segunda le falta el encanto del color real. Los Museos deben *verse*. Las descripciones nunca sustituyen a la impresión directa.

Y siendo esto así, qué títulos no tendrá *El Prado* para ser visitado, puesto que es uno de los lugares de la tierra donde la belleza diosa—tan pródiga—ha encarnado en mayor número de obras de arte.

F. J. SÁNCHEZ CANTÓN
Subdirector del Museo del Prado

Para reparaciones sólo



MATEO MARIN

VENTA Y ALQUILER

ABONOS DE CONSERVACION

Papel carbón y cintas

Hernán Cortés, 18 - Teléfono 14503 - MADRID

LA HISPANICA

CONFITERIA-REPOSTERIA
FIAMBRES

ESPECIAL SERVICIO
DE LUNCH

PEDRO GONZALEZ LOPEZ

SELECTAS MERMELADAS
ESTILO INGLÉS

Serrano, 76-Teléf. 53226-MADRID

DESIDERIO MUÑOZ

Serrano, 78

Teléfono 50517

LOS LICORES,
QUESOS,
MANTECAS,
FIAMBRES,
CONSERVAS
Y ACEITES
DE ESTA CASA
SON LOS MEJORES

Nuestro éxito: Mantequilla fina de León

J. STEINBRENER

EDITORES DE LA SANTA SEDE

DEVOCIONARIOS

OBRAS PIADOSAS

ARTICULOS RELIGIOSOS

Wintenberg

Checoslovaquia

Librería Católica
del
Sagrado Corazón

Gondomar, 10



CORDOBA

La Villa Mouriscot

Confitería - Pastelería - Fiambres



SALON DE TE



Barquillo, 20 - - Teléfono 16810

Glorieta de la Iglesia, 6.

Telf. 45047

El Lápiz Americano

Fábrica de Sellos de Goma

Artículos de Escritorio



La Casa más importante de Venezuela

Este, 4 núm. 12-2 :: CARACAS

